

DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

ORGANO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Director, PEDRO M. IBAÑEZ

Bogotá República de Colombia

INDEPENDENCIA DE ANTIOQUIA (1)

ACTA

Nadie ignora los principios, los motivos y derechos que han tenido y presentado a la faz de la Nueva Granada para proclamar su independencia absoluta aquellos pueblos hermanos que se han anticipado entre nosotros a sacudir gloriosamente el yugo de la Monarquía española que hasta allí habían sufrido. Después de los manifiestos públicos de Venezuela, Cartagena y el que Cundinamarca acaba de hacer últimamente, nada queda que añadir, ni nada podría adelantarse que no fuese un empeño vano y estéril de convencer a los enemigos de la libertad que por malicia o estupidez han cerrado sus ojos y su corazón a la luz y a la justicia, mientras la mayor parte de los hombres han conocido y abrazado este don del cielo y la naturaleza, para ser gobernados en sociedad, bajo la forma y mano que ellos mismos quieran y señalen. Estando pues profundamente convencidos, los unos resueltos y ansiosos por llegar al culmen de su dignidad, y debiendo los otros abandonarse en tal caso a su propia ignominia y a las desgracias que les hayan de seguir, es llegado el día de satisfacer tan santos deseos, ya que hasta aquí no han tenido tiempo de hacerlo el Soberano Congreso por todas las Provincias en general, y que esta medida entra oportuna y esencialmente en las críticas circunstancias que han puesto a la República en la necesidad de crearse un libertador a todo trance. Por tanto, el ciuda-

(1) La Academia se hizo representar en las fiestas centenarias de la antigua Provincia, hoy Departamento de Antioquia, por una Delegación formada por los miembros de número J. J. Casas, A. Gómez Restrepo, R. Rivas, T. Ospina (Presidente de la Academia de Historia de Medellín) y J. M. Mesa Jaramillo (Secretario de la misma). En el presente número insertamos la declaración de independencia, el informe de la Comisión que representó a la Academia y algunos artículos en honor de próceres antioqueños, poco conocidos u olvidados. La parte que la Academia tomó en los festejos celebrados con igual motivo en la capital de la República, constan en el informe del Secretario perpetuo, que se publicará en el número de octubre.

dano Dictador de ella, revestido con ese carácter por la unánime voluntad de la Representación Nacional, en presencia del Soberano Autor de los derechos del hombre y de la justicia de su causa, declara: QUE EL ESTADO DE ANTIOQUIA DESCONOCE POR SU REY A FERNANDO VII, Y A TODA OTRA AUTORIDAD QUE NO EMANE INMEDIATAMENTE DEL PUEBLO A SUS REPRESENTANTES, rompiendo enteramente la unión política de dependencia con la Metrópoli, y quedando separado para siempre de la Corona y Gobierno de España.

En consecuencia, decreta: que a virtud de esta abjuración, se haga por toda la República el juramento de absoluta independencia, a que ha venido por esta saludable y santa alteración; y manda a los tribunales, corporaciones de todas clases, jueces y demás ciudadanos de ellas que pasen a prestarlo el próximo día veinticuatro en los lugares y ante quienes se dirá por reglamento separado, bajo pena de ser desterrados los que se negaren a este acto, y condenados a muerte los que desaprobándolo trastornasen el orden social. Publíquese por bando en todos los Cantones del Estado, y en ellos fíjese en los lugares acostumbrados.

Dado en el Palacio del Supremo Gobierno de Antioquia, a once de agosto de mil ochocientos trece.

JUAN DEL CORRAL, Presidente Dictador—*José María Ortiz*, Secretario de Guerra y Hacienda—*José Manuel Restrepo*, Secretario de Gracia y Justicia.



INFORME DE UNA COMISION

Señor Presidente de la Academia Nacional de Historia—Presente.

En desempeño de la comisión con que me honró la Academia, y por encargo de mi compañero de Delegación, nuestro muy distinguido colega don Antonio Gómez Restrepo, cumpla gustoso con el deber de rendir, en forma breve y precisa, un informe sobre la participación que tomaron los representantes de la Academia en los festejos con que Antioquia celebró el primer centenario de la proclamación de su independencia absoluta.

A los pocos días de nuestra llegada a Medellín resolvieron las Comisiones del Senado y de la Cámara de Representantes de la República, con los representantes de diferentes entidades y varios otros caballeros, trasladarse en peregrinación a Rionegro, a rendir homenaje a la noble ciudad que guarda las cenizas del Dictador Del Corral y de José María Córdoba, y que se enorgullece de haber sido cuna del heroico Vicepresidente de las Provincias Unidas en 1816. La peregrinación resultó por demás imponente, y

fue una verdadera ovación a la memoria de aquellos esclarecido próceres. Todos los habitantes de la ciudad acompañaron a los comisionados al acto de la colocación de la primera piedra del monumento que debe erigirse a Liborio Mejía, la cual fue colocada por el señor General José María Ruiz, en su carácter de Presidente de la Comisión del Senado, y al homenaje que se tributó a las tumbas de don Juan del Corral, que se guarda en la iglesia parroquial, y del héroe de Ayacucho, cuyo bello monumento mortuario, situado a la entrada del cementerio, en una elevada colina, domina el valle donde se mecía su cuna. En estas ceremonias pronunciaron elocuentes discursos los Senadores Generales Ruiz y Lácides Segovia para ensalzar las glorias de Ríonegro y del Dictador Del Corral en la primera, y en la segunda, el doctor Tomás Quevedo Álvarez, también Senador de la República, quien en levantadas y patrióticas frases excitó a la enorme concurrencia para que al ejemplo de Córdoba amara y laborara no sólo por el Estado de su nacimiento sino también por toda Colombia, la madre común, la patria grande. En nombre de la Academia colocó coronas de laurel en esos lugares, consagrados por la gloria y sagrados para todo colombiano.

De los festejos del centenario fue esta peregrinación, lo mismo que un rápido paseo a la hospitalaria y progresista Marinilla, uno de los más simpáticos y fuente de imborrables recuerdos para todos los que tomamos parte en ella. La exquisita cultura y la cordialidad generosa con que los habitantes de Ríonegro nos dispensaron innumerables atenciones, nos dejaron la impresión de que si la patria de Mejía figura en alto lugar en nuestra historia como semillero de héroes y de ciudadanos beneméritos, hoy por la belleza de sus mujeres y la hidalguía y castellana caballeridad de sus hijos es una de las más atractivas ciudades con que cuenta la tierra colombiana.

Al día siguiente del regreso a Medellín comenzaron a cumplirse en esa ciudad los diversos números del programa con que la capital del Departamento celebró, a su turno, después de la histórica ciudad de Antioquia, la fecha memorable. Imposible sería, y aun fuera de lugar aquí, hacer mención detallada de las diferentes festividades que allí se celebraron, realizadas por la presencia del honorable Cuerpo Diplomático y de Representantes de todos los Departamentos y entidades de la República. Las fiestas sociales: bailes, banquetes— en uno de los cuales, el de la Municipalidad, pronunció nuestro colega Gómez Restrepo un discurso considerado por todos como joya literaria,— paseos campestres, etc. etc., fiestas que fueron un derroche de espléndidez, de distinción y de elegancia, y son el exponente

altísimo de la cultura de la sociedad antioqueña, alternaron con manifestaciones de otra índole de la vitalidad maravillosa de ese pueblo, tales como sesiones universitarias, solemne homenaje al busto de Girardot, y en otra esfera, la apertura de la Casa de Moneda, inauguración de nuevos trayectos de vía férrea en los ferrocarriles de Antioquia y de Amagá, visitas a algunas de las principales fábricas, lujo del Departamento; colocación de la primera piedra de un magnífico hospital, que cuenta desde ahora cuantiosos fondos que pregonan la caridad de los medellinenses, etc. etc., dejando todas una impresión gratísima y reconfortante que pone una nota de optimismo consolador sobre el porvenir del país.

La Academia Antioqueña de la Historia, de la cual son muy dignos Presidente y Secretario don Tulio Ospina y don José M. Mesa Jaramillo, respectivamente, organizó con las de Jurisprudencia y Medicina, presididas por los distinguidos doctores Fernando Vélez y Braulio Mejía, una sesión solemne para conmemorar el día en que Medellín se unió a la declaratoria de independencia hecha por la ciudad de Antioquia, velada que tuvo lugar en el Colegio de San Ignacio el día 23 de agosto. En ella, después de la lectura de varios documentos históricos relativos al acontecimiento que se conmemoraba, y de un acuerdo del Centro de Historia de Manizales dirigido a la Academia de Medellín, leyó don Tulio Ospina una conferencia sobre el estado de Antioquia antes y después de proclamada la independencia. En este estudio, que bien puede calificarse ser de mano maestra, trazó cuadro completo y vívido de la vida de la Provincia en las diferentes épocas, y supo el señor Ospina preparar de tal manera la exposición de la materia, que tocando en él temas al parecer áridos y abstrusos, por su forma amena é interesante tuvo cautiva durante todo el tiempo a la concurrencia de damas y caballeros, que le tributó merecidos aplausos. Creo que la Academia debía engalanar el *Boletín de Historia y Antigüedades*, lo más pronto que fuese posible, con la publicación de este trabajo, de mérito tan sobresaliente y positivo.

Al terminar el doctor Francisco A. Uribe Mejía, nuevo Presidente de la Academia de Medicina, su discurso de posesión, que fue un análisis científico de la obra de Pasteur, tocóme a mí el honor, por ausencia involuntaria de don Antonio Gómez Restrepo, de pronunciar un breve discurso para saludar en nombre de la Academia Nacional de Historia a la de Antioquia, rendirle fervoroso aplauso por los trabajos hasta hoy ejecutados y excitar a sus miembros a continuar esa patriótica labor, digna del renombre alcanzado por la Academia y del respeto que se debe a las glorias de Colombia, después de lo cual se levantó la sesión.

Renuevo aquí, señor Presidente, mis agradecimientos a la Academia por haberme honrado con su representación en el centenario de Antioquia, que, como lo ha proclamado la prensa del país, fue un bello certamen presentado por un pueblo altivo, emprendedor y fuerte, y ocasión para mí de cimentar vínculos de admiración y cariño por la tierra antioqueña, que espero durarán mientras viva.

Soy del señor Presidente muy atento y seguro servidor,

RAIMUNDO RIVAS



ANTONIO JOSÉ VELEZ

Casi todos los próceres de nuestra Independencia pertenecieron a la clase social más distinguida, tuvieron esclarecido linaje y valiosas relaciones en la Península. Debemos recordarlo para apreciar mejor el mérito del abandono que de su aventajada posición hicieron por establecer igualdad política en la patria republicana. Con el nuevo régimen perdían facilidades de propio adelantamiento y lucro, se malquistaban con los poderosos, se enajenaban elevadas influencias. Brilla pues la abnegación como virtud excelsa en el fondo de su carácter, y justo es encomiarla para su mayor gloria.

Escogemos entre ellos uno de los menos frecuentemente citados, don Antonio José Vélez, sacrificado por Morillo en 1816; y los presentes apuntes podrán agregarse al informe que acerca de los servicios de aquel prócer presentó a la Academia nuestro distinguido consocio don Eduardo Restrepo Sáenz en abril de 1910. (*Boletín* número 67, año VI).

Hé aquí la genealogía de don Antonio José, trazada en vista de documentos auténticos y de obras históricas bien conocidas, tales como las siguientes: *Crónica del Inclito Emperador de España Don Alonso VII*, por fray Prudencio de Sandoval (Madrid, 1609); *Crónica de la Excelentísima Casa de los Ponces de León*, por don Pedro Salazar de Mendoza (Toledo, 1620); *Libro de las Genealogías del Nuevo Reino de Granada*, por don Juan Flórez de Ocáriz (Madrid, 1674); *Historia Genealógica de la Casa de Lara*, por don Luis de Salazar y Castro (Madrid, 1694); *Rasgos de la vida pública del General Francisco de Paula Vélez*, por don Pedro Fernández Madrid (Bogotá, 1859), e *Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española*, obra monumental que está publicando en Madrid, desde 1897, el eminente académico don Francisco Fernández de Bethencourt, a quien debemos muy interesantes informes:

1

El xv Rey de Navarra don García Ramírez, proclamado en 1134.

La Reina doña Urraca, Infanta de Castilla.

2

Doña Sancha, Infanta de Navarra.

El Conde don Pedro Manrique de Lara, viii Vizconde Soberano de Narbona, ii Señor de Molina, Gobernador de Toledo y Extremadura, hijo del Conde don Almarico y de doña Hermesenda, Princesa de la Casa Real de Francia.

3

El Ricohome don Pedro Rodríguez Manrique de Lara, ii Señor de Amusco.

Doña María García de Villamayor.

4

El Ricohome don García Fernández Manrique de Lara, iii Señor de Amusco.

Doña Teresa de Zúñiga.

5

El Ricohome don Pedro Manrique de Lara, iv Señor Amusco.

Doña Teresa Páez de Sotomayor.

6

El Ricohome don García Fernández Manrique de Lara, v Señor de Amusco, Adelantado Mayor de Castilla.

Doña Teresa Vásquez de Toledo.

7

El Ricohome don Diego Gómez Manrique de Lara, vii Señor de Amusco, Adelantado Mayor de Castilla.

Doña Juana de Mendoza, apellidada la *Rica-Hembra*, hija de don Pedro González de Mendoza, Señor de Hita y Buitrago, el héroe de la batalla de Aljubarrota (1385), y de doña Aldonsa Fernández de Ayala.

8

Don Pedro Manrique de Lara, viii Señor de Amusco, Adelantado del Reino de León.

Doña Leonor de Castilla, nieta del Rey Enrique iii.

9

Don Diego Gómez Manrique de Lara, I Conde de Treviño (1453), Adelantado Mayor de León.

Doña María de Sandoval, hija de don Diego Gómez de Sandoval, I Conde de Castrogeriz, y de doña Beatriz de Avellaneda.

10

Don Pedro Manrique de Lara, Capitán General de Navarra, II Conde de Treviño, I Duque de Nájera (1482), hermano de don Rodrigo, Condestable de Castilla, Maestre de Santiago y I Conde de Paredes, quien fue padre de Jorge Manrique, célebre poeta de la Corte del Rey Juan II.

Doña Guiomar de Castro, hija de los Condes de Monto.

11

Doña Juana Manrique de Lara, señora de Zalduendo, Burujón y Escalonilla.

Don Víctor Vélez de Guevara, hijo de don Iñigo Vélez de Guevara, I Conde de Oñate (1481), y de doña Beatriz de Guzmán y Ponce de León, nieta de don Pedro Ponce de León, V Señor de Marchena, Conde de Medellín y de Arcos.

12

Don Pedro Vélez de Guevara, II Conde de Oñate.

Doña María de Velasco, hija de don Iñigo Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, II Duque de Frías, IV Conde de Haro, y de doña María de Tobar, señora de Berlanga y Osma. Don Iñigo era bisnieto del renombrado poeta don Iñigo López de Mendoza, I Marqués de Santillana (1445), y de doña Catalina Suárez de Figueroa.

13

Don Ladrón Vélez de Guevara, III Conde de Oñate.

Doña Catalina del Río.

14

Doña María de Velasco y Guevara.

Don Miguel de Salamanca, caballero de Burgos.

15

Don Alonso Vélez de Guevara y Salamanca.

Doña Casilda de Gauna, Señora de la Torre de Villaverde del Monte.

16

Don Juan Vélez de Guevara y Salamanca, Comendador de las Casas de Toledo, de la Orden de Calatrava, Alcalde Mayor perpetuo de Burgos, Gentilhombre del Rey Felipe IV y de la Cámara del Príncipe don Juan, Corregidor de Jerez y de Córdoba, 1 Marqués de Quintana de las Torres (1660).

Doña Jerónima Catalina de Caicedo, hija de don Francisco Beltrán de Caicedo y doña Catalina Carrillo, y nieta del conquistador don Francisco Beltrán de Caicedo y doña María Pardo Velásquez Dasmariñas.

17

Don Alonso Vélez de Guevara, Caballero de Santiago, Gentilhombre del Príncipe don Juan.

Doña Mariana Galindo de Guzmán Lasso de la Vega, hija de don Cristóbal Galindo y Eraso, Caballero de Alcántara, y de doña Beatriz Galindo y Guzmán.

18

Don Cristóbal Vélez Ladrón de Guevara, Marqués de Quintana de las Torres, Corregidor de Tunja, Alcalde Ordinario de Santafé, Gobernador de Santa Marta, Procurador y Gobernador de Popayán.

Doña Angela de Caicedo y Velasco, hija de don Francisco Félix Beltrán de Caicedo, Caballero de Santiago, y de doña Angela Vásquez de Velasco, hija de don Pedro Vásquez de Velasco, Presidente de Charcas y Quito, y de doña Angela de Salazar y Uscátegui.

19

Don Antonio Vélez Ladrón de Guevara, Alguacil Mayor de Santafé y Corregidor de Chita por el Rey.

Doña María Josefa de Salazar y Riva Agüero.

20

Don Francisco Vélez de Guevara, Abogado de la Real Audiencia de Santafé, a quien los Comuneros del Socorro eligieron como uno de sus Capitanes en 1781.

Doña Margarita Venegas Ponce de León, cuarta nieta del Conquistador Mariscal Hernán Venegas Carrillo, y de doña Juana Ponce de León, tataranieta de don Juan Ponce de León, II Conde de Arcos y Marqués de Cádiz.

Don Antonio José Vélez, mártir de la Independencia.
Doña Rufina Carbonell, hermana de don José María Carbonell, asimismo mártir de la Independencia.

Don Juan Vélez de Guevara y Salamanca, que aquí figura bajo el número 16 como cuarto abuelo de don Antonio José, fue el primero de su linaje que pasó de España al Nuevo Reino de Granada, e hízolo en condiciones especiales.

Sabemos que en 1630 llegó á Santafé don Sancho Girón, Marqués de Sofraga, octavo Presidente del Nuevo Reino, en compañía de su esposa doña Inés Rodríguez de Salamanca, parienta de don Juan. Un hermano de éste, don Francisco, Caballero de Santiago, fue casado con doña Francisca Margarita Girón, hija de los Marqueses de Sofraga. Existían pues estrechas relaciones entre las dos familias, lo cual tal vez motivó el viaje de don Juan a América. Es lo cierto que siendo ya Caballero de Calatrava y Alcalde Mayor de Burgos, celebró con el Rey Felipe IV, en 1634, asiento y capitulación para hacer a su costa la entrada, reducción, pacificación y conversión de los indios del Chocó, y la restauración y beneficio de las minas de Toro, abandonadas por rebelión de los indios, como lo reza un documento que se conserva en la Biblioteca del Museo Británico. Comprometiéndose a entregar por lo pronto a la Caja Real de Santafé 30,000 pesos de a ocho reales en plata doble. Se le nombró Adelantado del Chocó, no sin tener que pagar 1,000 ducados en plata doble por tal nombramiento. Debiendo tocar primero en Antioquia, se le confirió, además, el título de Gobernador de aquella Provincia, y desde entonces le fue prometido el marquesado. No consiguió desaguar el lecho del río Nechí para explotar sus arenas auríferas, mas sí logró el principal objeto de su viaje, cual fue la pacificación de los indios del Chocó, y se le recompensó con la encomienda de Icabuco. Obtuvo en fin la mano de doña Jerónima Catalina de Caicedo, con quien regresó a España, donde vino a ser, como queda dicho, Gentilhombre del Rey y de la Cámara del Príncipe, Corregidor de Jerez y de Córdoba, y Marqués de Quintana de las Torres, título que le otorgó Felipe IV, en 30 de agosto de 1660.

Fueron sus hijos: don Alonso, que nació en Santafé y obtuvo en España el hábito de Santiago en 1644; don Diego, Caballero de San Juan; don José, Caballero de Santiago; doña María, esposa de don Juan de Riaño, Caballero de Santiago; doña Francisca, Señora de Fuente Pelayo, y doña Casilda, Marquesa de Monteleón.

Don Alonso, el primogénito, se casó con doña Mariana Galindo de Guzmán Lasso de la Vega, y de ellos procedió

don Cristóbal, nacido en España, quien heredó el Marquésado en 1688 por muerte de su abuelo don Juan.

Don Cristóbal fue a Santafé, donde contrajo matrimonio con doña Angela Caicedo y Velasco. Regresó a España y allí nacieron, en la ciudad de Ecija, sus hijos don Alonso, doña María Antonia y don Francisco Félix. Retornó al Nuevo Reino de Granada con su hija María Antonia, que vino a ser la esposa de su primo don José de Caicedo Pastрана, y allí nacieron don Antonio, abuelo de nuestro prócer, y don José.

Don Alonso, primogénito del Marqués don Cristóbal, se casó en España con doña Ana Maistre y Winkerke. De ellos procedió doña Angela Vélez Ladrón de Guevara, que fue esposa de don Juan Fernando Arias de Saavedra. Su hijo, don Fernando Arias de Saavedra, Marqués de Quintana de las Torres, fue esposo de doña Isabel de Hoces Córdoba y Venegas, y padre de doña Angela Arias de Saavedra, esposa de don Juan Bautista Pérez de Barradas, vii Marqués de Peñafior y de Cortés de Graena. Procedió de ellos don Fernando Pérez de Barradas Arias de Saavedra, viii Marqués de Peñafior y de Cortés de Graena, quien en 1849 pidió carta de sucesión en el título de Marqués de Quintana de las Torres, por haber recaído en él, en 1811, a la muerte de su abuelo materno. Se casó con doña María del Rosario Bernuy y Aguayo, hija de los Marqueses de Benamejí, y algunos años después se trasladó de Ecija a Madrid, donde le aguardaba brillante posición para su familia. Casó a sus tres hijas, doña Angela, doña María del Carmen y doña María del Rosario, con altos personajes de la grandeza: la primera, con don Luis Tomás de Villanueva Fernández de Córdoba Figueroa de la Cerda y Ponce de León, xv Duque de Medinaceli; la segunda, con don Juan Bautista de Cabrera, Marqués de Villaseca, y la tercera, con don Antonio Fernández de Córdoba y Ponce de León, xv Duque de Feria. De tales enlaces descienden los actuales Duques de Medinaceli, de Denia y Tarifa, de Escalona, de Uceda, de Híjar, de Lerma, de Almenara Alta, de Medina de Ríoseco, de Osuna; las Duquesas de Monteleón y de Arión; los Marqueses de Peñafior, Cortés de Graena y Quintana de las Torres, de Bay y de Villena; los Condes de Valdelagrana, de Gavia, de Ureña, de Peñaranda de Bracamonte, de Pinto, de Cobatillas, de la Puebla de Montalbán y de Alba de Liste.

Don Juan Bautista Pérez de Barradas y Bernuy, hijo de don Fernando, citado arriba, se casó con doña Teresa Fernández de Córdoba y Aguilar, y procedió de ellos don Fernando Pérez de Barradas y Fernández de Córdoba, esposo de doña Isabel de Angulo y Rodríguez de Toro, actual Marqués de Quintana de las Torres.

No podía ignorar don Antonio José la calidad de su alcurnia y parentela, porque tanto él mismo como su padre y su abuelo fueron colegiales del Real Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y en aquel tiempo, para poder cursar allí, preciso era levantar información de nobleza hereditaria. Pero tal vez contemplando sus blasones y reflexionando sobre lo efímero de la humana grandeza, diría con su pariente Jorge Manrique:

Allí van los señoríos
Derechos a se acabar
Y consumir.

Y abrazó con entusiasmo la causa nacional, que era la del pueblo. Como nos refiere Quijano Otero, el día 20 de julio de 1810 hizo juramento solemne de dar la vida en cambio de la emancipación de su Patria. En agosto de 1812 envió a su primogénito Francisco de Paula, que apenas diez y siete años tenía, a la campaña de Venezuela. En 1815 ordenó que Tomás, otro hijo suyo, se alistara en las tropas de Bolívar, y aun otro, Miguel, vistió más adelante el uniforme militar. El mismo don Antonio José tomó las armas con el grado de Teniente Coronel, formó escuadrones de caballería y se batió varias veces. Por último, pereció en el cadalso, junto con Cifuentes, González y Ordóñez, el 19 de septiembre de 1816 en la Huerta de Jaime, allí donde poco antes habían derramado su sangre Benítez, Carbonell, Castor, Céspedes, Contreras, García Hevia, García Rovira, Gutiérrez Moreno, Leiva, Lozano, Peña, Pombo, Valenzuela y Vargas.

Honremos su memoria.

IGNACIO GUTIÉRREZ PONCE

EL ABANDERADO DE AYACUCHO

FRANCISCO GIRALDO

En Pichincha exhibe todo su arrojo y es elevado a Alférez, recibiendo con este ascenso la bandera del Batallón que en esa jornada se cubrió de gloria y que mereció llevar de aquí en adelante el mismo nombre. En manos de Francisco Giraldo, la bandera del *Pichincha* tremoló gloriosa en Junín y Ayacucho. A órdenes de Córdoba y a «paso de vencedores» escaló la escarpada cumbre donde quedó sellada la independenciam de la América del Sur.

De Ayacucho se fue al Alto Perú, como Edecán de Córdoba, y después a la tierra natal, con el grado de Sargento Mayor, a fundar el hogar cristiano.

Amigo íntimo y compañero de Córdoba, que sabía captarse las voluntades por el brillo de su nombre y grandes prendas personales, entró con el héroe de Ayacucho en la aventura de Ríonegro, lo siguió al Santuario, y tuvo allí el dolor de ver morir en sus brazos al Lannes de la América del Sur.

El 20 de julio de 1882 el veterano de la Independencia Francisco Giraldo fue ascendido a General de la República.

En 1893 tuve el honor de abrazar al noble y respetado anciano, en su casita de Medellín. Su porte distinguido, sus maneras cultas y afectuosas le ganaban a primera vista las simpatías.

—General, seis años militó usted con los realistas; era usted un valiente; moral e intelectualmente valía usted por muchos Jefes: ¿no pasó usted de soldado raso?

Una sonrisa maliciosa retizó en los labios del viejo guerrero, y contestó:

—Yo era un prisionero y los realistas conocían muy bien mis ideas. Para admitir ascenso era necesario dejar de ser patriota. Se lo digo con toda verdad: yo no pensaba sino en fugarme, pero la disciplina española era muy severa. El Capitán de Compañía que dejaba desertar un soldado caía en desgracia.

—General, en una biografía del General Córdoba he leído que su cadáver fue ultrajado en Marinilla. ¿esto es cierto?

—Es una falsedad. El cadáver del General fue traído a hombros, de El Santuario a Marinilla; los vecinos principales lo *velaron*, y fue enterrado decentemente en el cementerio. Los marinillos no somos canallas.

—He visto documentos inéditos de los cuales resulta que después de herido Córdoba, el General O'Leary dio con insistencia la orden de rematarlo. ¿Qué opina usted de eso?

—A mí no me consta. El General estaba herido en un brazo, yo en una pierna. Pudimos huír con todos, pero eso era vergonzoso; cuando nos vimos solos nos refugiámos en la *casa de teja*, para hacer resistencia hasta morir. Hand entró y preguntó quién era Córdoba. «Yo soy.» Y....

Los ojos del veterano se humedecieron y dos lágrimas quedaron temblando en sus pestañas.

FIDEL PELÁEZ

DOÑA MARÍA DEL ROSARIO OSSA DE GÓMEZ

Ocupada de nuevo la Provincia de Antioquia por los españoles, a virtud de la reconquista que emprendió Morillo, después de la toma de Cartagena en 1816, los patriotas se entregaron a sus pacíficas labores, con el oído siempre atento a la voz mágica de Bolívar que, como sordo y lejano trueno, apenas se percibía por Venezuela.

Ocupaba la Gobernación el Coronel don Carlos Tolrá, quien nombró Jefe de la plaza de Marinilla a un tal Villalobos de apodo *Patablanca*, con órdenes terminantes de hostilizar por todos los medios al «insurgente, traidor y rebelde pueblo de Marinilla.» Ya hemos visto porqué mereció títulos tan honrosos este pueblo de parte de los pacificadores.

Una de las medidas más crueles que tomó *Patablanca* fue la de obligar a los principales vecinos a que hospedasen y sirviesen la mesa en sus casas a los Oficiales de la fuerza que tenía a sus órdenes. Era la época del *terror* y nadie podía *chistar*, so pena de la vida.

A casa del respetable don Domingo de Ossa fue destinado un Sargento Salgar, hombre grosero y voluntarioso, quien faltó al respeto, de palabra, a la señorita María del Rosario, hija de don Domingo; ella, sin pensar en los ultrajes a que se exponía, levantó su mano y castigó al insolente soldado con un bofetón en la cara, muy bien plantado.

Esta señorita fue después la digna esposa del Capitán de la Independencia don Fermín Gómez, quien hizo la campaña de la Costa con Córdoba, y fue herido en la acción de Sinamaica.

Mucho tiempo después fue a morir en Ríonegro el tal Salgar, a quien dio sepultura el presbítero Manuel Bernal, y de su puño dejó consignado en el respectivo libro parroquial, para la historia, el hecho de la señorita Ossa, añadiendo a la partida de defunción esta frase:

«Este fue al que la señora de don Fermín Gómez dio el pescozón.»

¡Oh tempora, oh mores!

¡Simona Duque de Alzate, madre de los gracos antioqueños!

¡Rosalia Hoyos de Ramírez, madre del denodado José Antonio Ramírez, a quien ella misma arma y entrega para el sacrificio, sin pensar en el olvido de su historia, ni en que jamás oiría referir las proezas del hijo amado!

¡Margarita Urrea de Hoyos, única que es capaz de arrancar a su marido de las garras ensangrentadas de un Sámáno!

¡María del Rosario Ossa de Gómez, que marca a los opresores de su Patria en la frente de uno de sus satélites!
 ¡Salud ilustres hijas de la histórica Marinilla!
 ¡El polvo de una centuria se sacude para mostraros grandes y generosas a la Patria agradecida!

ABRAHAM MORENO

INDEPENDENCIA DE MOMPOS (1)

Comisión Directiva de la celebración del 6 de agosto—Presidencia.

Señor Presidente de la Academia Nacional de Historia—Bogotá.

Distinguido señor:

Mompós celebrará este año el 103^o aniversario de la proclamación de su independencia absoluta y el primer centenario de la entrada triunfal a Caracas del Ejército Libertador, de que fue base la histórica hueste de los 400 momposinos, que Bolívar sacó de esta ciudad para emprender «su primera campaña de la libertad» y la redención de Venezuela; y será la más alta demostración de su civismo y del patriótico regocijo de su pueblo, así como el más digno tributo a la gloria de los libertadores, la inauguración del monumento que ostenta la estatua en bronce del Libertador. La Ciudad Valerosa se complacerá íntimamente de ver representada en esta solemnidad a la respetable Academia de que es usted muy digno Presidente, ella a quien corresponde lugar distinguido en las funciones de la Patria, siendo como es la guardadora de su historia.

Con sentimientos de respetuosa consideración soy de usted compatriota.

M. A. MENDOZA

Mompós, 20 de junio de 1913.



COLOCACION DE LA ESTATUA DE BOLIVAR EN MOMPOS

INFORME DE UNA COMISIÓN

Señor doctor don Pedro María Ibáñez, Secretario perpetuo de la Academia Nacional de Historia—Bogotá.

Muy señor mío y estimado colega:

Me es grato dar a usted cuenta de la comisión que la

(1) También la *Ciudad Valerosa* celebró su centenario dignamente. La Academia designó a los correspondientes presbítero Pedro M. Rebollo y Pedro Salcedo del Villar para representarla en él.

honorable Academia de Historia tuvo a bien confiarme, en asocio de nuestro ilustrado colega el académico don Pedro Salcedo del Villar, para representarla en la fiesta celebrada en esta ciudad el día 6 de agosto del presente año, centésimo tercero aniversario de la proclamación de independencia por el Cabildo de Mompós, y centésimo de la entrada triunfal del Ejército Libertador de Bolívar en Caracas, del cual fue primera base el Batallón de cuatrocientos momposinos que el Libertador sacó de esta ciudad el 29 de diciembre de 1812. Con gran satisfacción aceptámos este honroso cargo, y si ostentámos en el pecho, en el acto público del citado día, la medalla de esa ilustre Academia, fue por considerarnos honrados por ser miembros, aunque inútil e inepto el suscrito, de tan alta y benemérita corporación; porque ésta sea conocida y apreciada en sus intenciones, y para contribuir también así a la solemnidad patriótica que se celebraba, hermosa y digna, capaz de conmover las fibras del más indiferente colombiano. Era el acto de la revelación de la estatua del Libertador, monumento magnífico elevado también a la memoria de los cuatrocientos momposinos que fueron pedestal de la gloria de aquella campaña incomparable del año 13, que sólo encuentra semejanza en la historia con la marcha de Aníbal desde la Bética hasta la Campania para culminar en Cañas.

Nada más justo que la estatua del Libertador se yerga majestuosa en esta ciudad, la segunda de la Nueva Granada que él pisó y la primera que le dio elementos poderosos, necesarios y suficientes de dinero, pertrechos y hombres, para encabezar solo un Ejército potente bajo su responsabilidad absoluta, e iniciar la primera de sus campañas gloriosas engruesando aqúese con los valiosos auxilios de la Unión Granadina, los de Cúndinamarca enviados por Nariño y el contingente de los venezolanos, que en angustiosa expectativa pudieron unirsele allende el Táchira. Mompós, que el año 15 volvió a favorecer decididamente a Bolívar para ir a salvar a Cártagena (empeño tristemente fracasado), merecía una estatua del Padre de la Patria, y se halla hoy feliz con poseerla para ornato material, para estímulo patriótico de sus hijos y cual preseña de su historia.

Si es cierto o nó que exista documento escrito, apodíptico, en que consten las palabras de Bolívar: «Si a Caracas debo la vida, a Mompós debo la gloria.» no importa averiguar ahora; pero cabe exclamar el adagio italiano: *se non e vero, e ben trovato*, y mejor podemos juzgar que Bolívar, a fuer de agradecido, debió haberlas pronunciado con mayor razón en su proclama de 28 de julio de 1827 a los hijos

de Cartagena (1). Estas palabras estarían grabadas mejor al pie de esta estatua, si ya no lo hubieran sido, muchos años há, en la base de la efigie de la Libertad, de esta misma ciudad.

Bien está igualmente que el monumento elevado a Bolívar envuelva también la glorificación de sus compañeros momposinos del famoso año 13, y que el recuerdo de éstos figure en el sustentáculo material de aquél, como en vida el pedestal moral de su gloria primera, primer eslabón de su cadena de triunfos, que le llevaron a la eficiencia de la emancipación de cuatro países y creación de cinco naciones.

Puestos estos antecedentes, la Junta Patriótica, de acuerdo con una Comisión del Concejo, determinó erigir la estatua del Libertador y monumento de los cuatrocientos momposinos, en la antigua plaza de Tamarindo, y señalóse el 6 de agosto, fecha clásica de esta ciudad, que coincide felizmente con la de la entrada triunfal del Libertador en Caracas, cuyo centésimo aniversario acabamos de enumerar. Para esta celebración fue invitada la Academia Nacional de Historia por la Comisión Directiva de los festejos, y la invitada designó al académico correspondiente Salcedo del Villar y al infrascrito para representarla, como queda dicho. En tal virtud acordámos que mi colega hablaría en el acto de la revelación de la estatua, en nombre de la Academia, y el otro rendiría el presente informe. Envío adjunto el pulido y docto discurso del señor Salcedo, que mereció unánime aprobación y los de todos los oyentes.

El acto resultó solemne. Al darse comienzo apareció, prevenido por sonido de trompeta, un joven heraldo que simulaba traer el parte de la campaña que se conmemoraba, y lo entregó al Presidente de la Municipalidad, que le dio lectura en público. Luégo se descorrió el velo que cubría la estatua, y al tiempo, los acordes de la música alegra-

(1) En esa misma proclama se lee textualmente: «El valor de Cartagena y de Mompós me abrió las puertas de Venezuela para triunfar el año 12.» A la verdad, muy pocos fueron los cartageneros que siguieron a Bolívar en aquella memorable campaña; pero en momentos de un obsequioso recibimiento (1827), correspondía su galantería haciendo mención de la capital del Estado, que entonces le permitió hacer uso de las milicias de éste, al comenzar sus acciones guerreras en tierra granadina. El propio Bolívar había escrito en 1825 en el Cuartel General de Cuzco las palabras que están grabadas en una de las frases del pedestal de su estatua de Mompós, en que sólo menciona a los momposinos. El Presidente Gobernador del Estado, Rodríguez Torices, en su mensaje de 8 de enero de 1813, dijo: «La División de Mompós, mandada por el Coronel Bolívar, se puso en marcha el 29. . . .» Es decir diez días antes.

Véase Salcedo del Villar, *Glorias de Mompós*; Urueta—Piñeres *Cartagena y sus cercanías*, edición de 1912, página 587.

ron los aires tocando el himno nacional con cuyos sonos más se encendía el patriotismo, que ya hacía penetrar en lo más hondo la contemplación de la efigie majestuosa del Padre de la Patria. A las armonías de la banda sucedió la ejecución de un bello himno a Bolívar, cantado en alto por un nutrido coro de señoritas, letra y música compuestas expresamente por los hermanos Pedro y Martín Salcedo del Villar, quienes merecieron cumplidas felicitaciones por el éxito, así como también las ejecutantes. En seguida tres venerables matronas colocaron al pie del monumento una rica corona de inmortales. Cumplida esta parte del programa, subió a la tribuna el señor don Ciro A. Pupo, Presidente de la Junta Patriótica, a la cual se debe este monumento, y nos habló en términos escogidos y satisfactorios, de la realización del proyecto y la justicia del acto. Siguióle en el uso de la palabra el señor don Manuel Ribón Padilla, quien junto con el señor Prefecto fue designado por el Presidente de la República para que lo representara en el festejo, y nos leyó unas bien escritas frases. Finalmente, ocupó la tribuna el representante de la Comisión de la Academia.

Este ceremonial se cumplió en medio del mejor orden y compostura y bajo un cielo propicio; parecía que el firmamento quería tomar parte en esta nueva apoteosis del que le contempló y cantó delirante sobre el Chimborazo. El Sol se ocultó misteriosamente como para dejarnos cumplir mejor esta escena, y gozar más a gusto del espectáculo, o para concurrir con su opacidad oportuna y pasajera a la glorificación del héroe que es astro-rey en el cielo de Colombia, y fue, como cantó Pombo, «sol de fe, de voluntad.»

Al siguiente día los representantes de las entidades de fuera, invitadas, a saber: del Presidente de la República, la Municipalidad de Caracas y la Academia de Historia, recibimos la siguiente tarjeta:

«La Banda *El Centenario*, en su nombre y en el del gremio de obreros de esta ciudad, ejecutará una retreta mañana, a las siete de la mañana, frente al monumento del Libertador, como demostración de gratitud a aquellas entidades representadas en ustedes, por la parte que han tomado en la inauguración de la estatua del Padre de la Patria.

«Mompós, 7 de agosto de 1913.

«El Director,

«J. J. RICAURTE»

Esta notable Banda extraordinaria, compuesta de los músicos de las tres ordinarias que funcionan en la ciudad, ejecutó con maestría propia del arte músico en que por tradición se distinguen los momposinos, escogidas piezas

clásicas, dignas de oírse, ejecutadas por ellos, en cualquier capital importante de América.

Convendrá describir el monumento, para mejor información. Sobre una pirámide truncada, de un metro de alto, de tierra pisada y a manera de rampas cubiertas de césped, se alza el pedestal de granito, de altura de dos metros, de forma también piramidal: en las cuatro facetas del fuste de éste se leen las siguientes inscripciones, en letras doradas:

Mompós a Bolívar, en el Centenario de la primera proclamación de Independencia absoluta de Colombia hecha por esta ciudad el 6 de agosto de 1810.

La Junta Patriótica de Mompós, organizada para celebrar el primer centenario del 6 de agosto de 1810.

Al Libertador y a los cuatrocientos momposinos. A quienes aquél condujo a cien victorias en pro de la Independencia latinoamericana. Agosto de 1811.

400. «Los valerosos momposinos me abrieron las puertas para triunfar de los opresores en 1812.»

BOLÍVAR

400. «Emprendió Bolívar su marcha a Venezuela con quinientos hombres, resto de una excelente División. Eran estos los fieles momposinos, cien hombres que Nariño había facilitado, y los cuadros del 3.º, 4.º y 5.º Batallones de la unión que el Congreso concedió.» (1)

(1) La inscripción completa que trajo el pedestal, tomada de un pasaje de la *Historia* de Baralt y Díaz (tomo I, página 134), contenía estas otras palabras, que están reemplazadas con puntos suspensivos: «(excelente división) de mil, que las desavenencias de Castillo y la conducta de Santander habían, como se ve, casi extinguido.» La Junta Patriótica, por recelos que respetamos, resolvió borrarlas. Pero la historia no puede borrarse; el lema de nuestra Academia es *veritas ante omnia*. Las desavenencias de Castillo fueron muy notorias y todos los historiadores las mencionan y se comprueban con documentos oficiales; la conducta de Santander, sucesor de Castillo en el mando de segundo Jefe, e «imbuido en las ideas de éste,» fue también lamentable, como puede verse en la *Historia* citada, en la que se dice: «La deserción era escandalosa; y aquel Cuerpo avanzado se hubiera sin duda alguna disuelto, si Bolívar no reemplazara a Santander con el Oficial venezolano Rafael Urdaneta.» Algo más grave refiere el General O'Leary, en sus memorias (*Narración*, tomo I, página 125). Sin embargo, nadie, al transcribir o leer las palabras completas de la inscripción tendría el intento antipatriótico de hacer incriminaciones a aquellos dos ilustres próceres, de los cuales el uno dio su sangre y su vida por la independencia de la Patria, y el otro, benemeritísimo por muchos conceptos, fue cofundador de la República, y ejecutó hazañas demasiado grandes para borrar tan pequeña falta del principio de su carrera. Sin duda pues que al escogerse el pasaje completo no se paró mientes en las palabras suprimidas. Los mismos historiadores Baralt y Díaz añaden estas frases, con que estamos de acuerdo, refiriéndose a aquellos errores: «Eran una consecuencia de la exaltación de las pasiones y de las mismas dificultades que tenían que vencer, etc.» Y por otra parte el propio Santander dejó escrito: «La vida de los hombres públicos es una propiedad de la historia imparcial.»

La estatua es de bronce, y copia exacta de la de Tenerani, que se admira en la plaza mayor de la capital de la República. Por feliz circunstancia, a tiempo que la Junta Patriótica proyectaba erigir una columna a los cuatrocientos momposinos, coronada por el busto del Libertador, puesto al corriente del proyecto el señor doctor Manuel Dávila Flórez, a la sazón Ministro de Instrucción Pública, tuvo éste conocimiento que en Munich había descubierto el señor don Gustavo Michelssen los moldes de la estatua de Bolívar del célebre escultor italiano. En tal ocurrencia Junta y Ministro se dieron a la patriótica labor de obtener la reproducción de la obra, y el resultado ha sido feliz. Ya tenemos en esta ciudad esa imagen artística y sublime del Padre de la Patria, que inspira o conmueve a quien contempla con sentimiento patriótico o artístico, su apostura, sus rasgos, su semblante, al que el «noble estatuario» «dio majestad cambiante,» como expresa el digno cantor *A la estatua del Libertador*. Aquí podemos contemplarle igualmente, como en Bogotá, y decirle con nuestro Píndaro:

Con ese aspecto, y esa
Melancólica nube de tu ceño
Que desengaño y aislamiento expresa,

Descendiste a la huesa,
Y aún te acompaña en el eterno sueño.

Inclinando la espada,
Tu brazo triunfador parece inerte;
Terciado el grave manto; la mirada

En el suelo clavada;
Mustia en tus labios la elocuencia duerme.

Cuando miro esa efigie que, no imitación, veneración reclama, y trato de leer las arrugas de su ancha frente y escrudriñar su mirada meditabunda y penetrante, paréceme realizado a juntillas el pensamiento del escultor, «mágico a par de Dante.» No se ve allí al hombre hecho rayo de la guerra, al poeta rey de la batalla, o «águila—genio que se encumbra» (1); se ve ora «La soñadora frente—Doblada al peso de misión divina,» ora al primer libertador de la raza, cautivo, ora al perseguido de la ingratitude, o al mártir de la envidia, y parece que bajado de la cumbre cana del alto monte en que contempló

..... del tiempo el vuelo,
La inmensidad del cielo,

(1) José María Samper.

estuviera meditando en «la pequeñez de la grandeza humana.»

En fin, figúrome con el vate lírico que está fielmente retratado el huésped de San Pedro Alejandrino, que, en medio de sus «hondas melancolías,» todavía murmura: «Quien sabe si aré en en el mar y edificué en el viento.»

Coincidencia de notarse: este monumento de Bolívar se levanta en la plaza que cobijó con sus ramas un célebre tamarindo, bajo cuya sombra el cacique de Mompós administraba justicia, cuando el descubridor Alonso de Heredia le conquistó. En San Pedro Alejandrino Bolívar solía recostarse al tronco de un umbroso tamarindo, que muchos conocimos de jóvenes y que manos vandálicas destruyeron (1).

El indio saluda ahora en su tumba a la *diestra* de su raza *vengadora*. Quiera Dios que por respeto a la historia no se varíe el nombre de la plaza.

No terminaré sin dar el voto de aplauso que merecen la Junta Patriótica y el Concejo Municipal. Nacida la primera de una resolución de la Sociedad Fraternidad, el año 1909, propúsose la erección del monumento, y para ello trabajó con empeño hasta obtener los recursos necesarios, ya de particulares, ya especialmente del Tesoro Público, en lo que contó con el valioso apoyo del ilustre momposino doctor Manuel Dávila Flórez. El Concejo Municipal unió sus resoluciones, designó el lugar y determinó la erogación de los últimos gastos con el auxilio monetario que ordenó el Congreso de 1910 para fomento material de esta ciudad. La armonía de ambas corporaciones ha dado eficaz resultado (2).

(1) Sensible es la destrucción o la falta de conservación de los árboles a que está anexo algún recuerdo histórico. En Europa hay grande empeño en conservarlos; por ejemplo, entre otros muchos, el Municipio de Roma cuida la encina bajo cuya sombra se sentaba el Tasso a componer sus inmortales versos; allí donde sintió la inspiración y compuso sus épicas estrofas para cantar:

«... l'armepietose e il capitano
Che il gran sepolcro libero di Cristo.»

A su vista el visitante se inspira también en el amor del héroe y en la evocación del tiempo pretérito. El Gobierno debiera dictar alguna disposición tendiente a la guarda de esos recuerdos de la historia patria, y para ello valdría mucho la iniciativa y cooperación de la Academia.

(2) Los auxilios del Tesoro Público han sido: del Nacional, \$ 1,600; del Departamental, \$ 900, y del Municipal, \$ 200. Total, \$ 1,700. La estatua, fundida en Alemania, costó seis mil marcos; el pedestal, labrado en Francia, cinco mil quinientos francos.

He aquí bosquejado, señor Secretario, no sólo el cumplimiento de nuestra comisión, sino también el objeto material de ella y algunos datos históricos concernientes a este bosquejo, que quizá merezca el honor de la acogida de la Academia que nos ha dispensado el de representarla en esta solemnidad.

Réstame reiterar a la Academia, por su digno conducto, y en nombre también de mi compañero de representación, el agradecimiento sincero por esta designación.

PEDRO MARÍA REBOLLO,
Presbítero.

Mompós, septiembre 17 de 1913.



DISCURSO

DEL SEÑOR DON PEDRO SALCEDO DEL VILLAR AL INAUGURARSE
LA ESTATUA DE BOLÍVAR EN MOMPÓS

No molestaría, señores, vuestra generosa atención, por más que a ello me impulsara el deseo de publicar los sentimientos que aun en el hogar patrio comenzaron a infundir en mi espíritu la singular grandeza y las virtudes del más eminente americano, el célebre Comandante de armas del Distrito Militar de Mompós de 1812, si no tuviera que atender a la delegación con que se ha dignado favorecerme la respetable Academia de Historia, para que, en la honrosa unión de uno de mis ilustrados y meritísimos colegas, por quien también uso ahora de la palabra, haya de representarla en esta solemnidad.

Nunca se verían más bien tenidos nuestro afecto y respeto a la augusta memoria del Libertador, y nuestra adhesión a aquella distinguida corporación, que al hacernos esta designación. En nombre de ella reciba esta ciudad de grandes merecimientos, cuna de la gloria del inmortal caudillo, el pláceme más sentido y cordial por el hecho altamente cívico de erigir esta estatua que, testimonio de gratitud, simboliza al propio tiempo la libertad de la patria y la gloria de un mundo.

Bien por el culto pueblo que ha efectuado tan patriótica intención, que este mudo bronce que, al abrigo de las alas invisibles del ángel de la inmortalidad, se yerge pensativo sobre ese granito en que leemos elocuentes frases, figura del Marte-Libertador y Padre de la Patria, nos hablará siempre del amor a ésta, del amor a la Libertad, de los bienes de la Independencia, de nuestros deberes de ciudadanos, avivando en el alma el fuego sagrado de aquéllos, y repitiendo a nuestro oído la necesidad de la conser-

vación de ésta, siendo asimismo altar levantado a las virtudes cívicas, ante el cual vengamos a corregir errores y deponer pasiones, y darnos el ósculo de paz, signo del interés común, promesa de bienestar social; y en días de insano extravío que destruye la tranquilidad y aniquila la fe, esos días de espantables sombras, serena luz que encamine los pasos al templo de la Concordia.

En este acto, en que se agolpan los recuerdos como olas de la mar conmovida, y se agita el pecho a la violencia de esos mismos recuerdos; cuando la Ciudad Valerosa tributa el triunfo a tan excelso vencedor, no parecerá inconveniente hacer memoria de hechos culminantes que enaltecen la del varón esclarecido; y menos hablando por quien está encargado de conservar y perpetuar la de las cosas memorables que fueron, y dar culto a la verdad de la historia.

Abisma pensar en aquella existencia maravillosa, y admira la cuenta de los ciclópeos esfuerzos de éste, como los héroes del Tasso, por la libertad, delicias de su alma, y la emancipación del pueblo americano. Desconocido, en tierra extraña, «en la clase de simple aventurero.» vésele aclamado por caudillo para ir a combatir, siempre triunfante, desde las pintorescas orillas del río grande de la Magdalena hasta los valles hermosos de Cúcuta, y redimir, por otra sucesión de extraordinarias victorias, la tierra heroica de Venezuela; pudiendo exclamar, allá en su ilustre cuna libertada: «¿Quién con sólo cuatrocientos soldados hubiera concebido el audaz proyecto de arróstrar el poder que oprimía siete Provincias conocidas en el mundo por su espíritu de libertad?» Gloriaos, ciudad ínclita de Mompós, que con mirada de águila visteis en el festivo e inquieto mancebo caraqueño al sesudo héroe que había de dar nuevo lustre a vuestras armas invictas. Aquellos cuatrocientos eran vuestros hijos. Cuando más tarde, desgraciado también, volvió en busca del favor del pueblo granadino, «le acogisteis con entusiasmo y aun delirio,» y le disteis vuestro auxilio para que llevara segunda vez la libertad a su patria.

¡Qué hombre aquél! Nunca le abatió la desgracia, ni creyó en imposibles. Despedazado por la calumnia y por la envidia de la abrasada costa del Caribe, en la tremenda angustia, va a pedir un amparo a la noble hospitalidad de la Reina de las Antillas; y poseedor de esa imperativa voluntad, privilegio del genio, que da sér al deseo, perdidas Nueva Granada y Venezuela, atrévese a pensar en expulsar a sus tiranos; y acomete la famosa cruzada de los Cayos, que comienza de nuevo la libertad de esta «cuna de la independencia colombiana,» y fue precursora de las campañas prodigiosas de 1817 y 18. Tras abundante sangre derra-

mada, en medio de dolorosos desastres, vuelve agradecidos los ojos a la afligida Nueva Granada, promete que no completará el Sol el curso de su período sin ver ella altares levantados a la Libertad, y veloz como un rayo de luz, superando la naturaleza que parecía haber querido probar esta vez más su ánimo y su constancia, desde la altura de Paya saluda a aquel hermoso Numen, y deja su triunfo asegurado en la lid de Boyacá. Infatigable como César, torna a Venezuela, y da en la batalla campal de Carabobo el golpe de gracia a las armas del Rey. Vuelve en seguida y se encamina al límite del Sur, y afianza en la sangrienta Bomboná la independencia de aquellas regiones, la que quedó sellada en Pichincha e Ibarra. Y ya le vemos conducir las huestes colombianas a proteger la independencia de la patria de los Incas, la cual deja conquistada allá en la pampa de Junín, donde, al decir del historiador, émulos de prez y honores, los hombres más valientes de los dos extremos de la América austral, el granadero de los Andes, que San Martín acostumbó a la victoria, y el llanero, terror del español en Venezuela, combatieron a expertos y animosos guerreros que catorce años de victoria engrieron hasta juzgarse invencibles; allá en la llanura de Ayacucho, en donde la gloria enamorada sonrió a los libertadores con su más dulce y halagüeña sonrisa, y quedó fijada para siempre la suerte de la América, y en las fortalezas del Callao, último asilo de la tiranía española. Gran ciudadano, en el ápice de la gloria y el poder, confúndese entre sus compatriotas para sentarse juntos al espléndido banquete de la Patria, a saborear el regalado néctar con que brinda a los libertadores el dios de la victoria. Entregado a los trabajos heroicos de la guerra, no descuidó tampoco las útiles labores de la administración, y bajo el toldo de los campamentos dictaba leyes y expedía órdenes convenientes. Tal era el celo de su patriotismo y la amplitud de su genio.

No hay duda, Bolívar fue un hombre extraordinario, escogido en los designios del destino, entre aquella muchedumbre augusta de paladines y de sabios, para realizar la idea de la cual desplegó al viento el hermoso iris, el primero, el gran Miranda, el ilustre *sedicioso*, a cuyo recuerdo el alma se inflama de patriótico ardor; generosa obra de la redención de la Patria, en la que vimos cooperadores a esa deslumbrante constelación que en la ciencia de los astros de la historia es llamada de los Libertadores; patricios señalados y gallardos compeones, que compiten en virtudes, en abnegación, heroísmo y constancia.

Seguramente él sentía en su interior la fuerza de su destino. Proscrito en 1812, inspirado acaso por un destello desprendido del mismo misterio de su misión providencial, se anuncia, aquí en esta misma ciudad, como libertador y

redentor de su Patria. Superior a la desgracia, se le oye en Carúpano jurar que volverá a traer la libertad y la paz. Al pie de las montañas azules, en medio de insuperables dificultades, su verbo profético predica la reconquista de ella, y ya le hemos visto en los Cayos. Al pisar la tierra de los hijos del Sol, en frente un ejército capaz de recorrer en triunfo el Continente, con ese linaje de fe que es patrimonio de los predestinados, promete firmemente la victoria, y aun casi moribundo se atreve a asegurar que triunfará. Tal parecía que a su carro llevaba encadenada la fortuna. No hay duda, estaba llamado para vengar la justicia, trescientos años mancillada, y dar la libertad a diez millones de hombres oprimidos.

Si grande fue en sus designios y en sus obras, grande todavía cuando en la profunda amargura de los desengaños de la vida, con sus últimos votos por el bien de la Patria, al dar su adiós aquellos labios que iban a callar para siempre, exhortaba a la unión.

¿Quién más que él ha merecido la inmortalidad?

Este es el héroe, «el Jefe de la libertad americana,» del cual ante la imagen, en cuya noble fisonomía se miran confundidas la bondad, la austeridad, y la grandeza y la ternura sublime del amor paternal, sentimos conmovida el alma y latir en acelerada cadencia todos los corazones.

Y creedme, lo estoy viendo con los ojos del entendimiento y de la razón; en esta apoteosis del ínclito elegido, quemar incienso todos los pueblos libres de la tierra y abaten humillada la frente los tiranos.

¡Salve, Libertador y Padre!

No de otro modo exclamaría satisfecha, en este momento, nuestra noble delegante, al considerar en vos el héroe formado al calor de la historia de la excelsa madre del patriotismo y el valor, en vos, Libertador, heroico y firme como el ilustre vencedor de Maratón, salvador de su patria, valiente y virtuoso como el gran Aristides, inquebrantable y justo; en cuyas vidas aprendisteis el amor a la patria y a la gloria y el heroísmo de las virtudes cívicas.



BIBLIOGRAFIA BOGOTANA

(Continuación).

1778

GUTIERREZ DE PIÑERES (FRANCISCO)

8. D. Juan Francisco Gutierrez | de Piñeres, del
Consejo de S. M. su Re | gente de la Real audiencia

de esta ciudad. Intendente de los Reales Ejércitos, con destino por | ahora a los de América, y Visitador General de todos los Tribunales de Justicia, y de Real Hacienda, sus | Caxas, y Ramos de ella, de este Nuevo Reyno de Granada, y Provincias de tierra firme, exceptuada la de Quito. | Hago saber a todos los vecinos, &.

«Una hoja impresa por un lado, de 27 por 79 centímetros, formada de cuatro trozos unidos. Suscrita en Bogotá, sin fecha, aunque consta de carta de su autor que había comenzado ya a circular el 15 de mayo de 1778. La letra algo gastada, aunque la impresión es aceptable.»

Tales son los datos que nos da el señor Medina, quien halló esta publicación en el *Archivo de Indias* (117-2-26). No la hemos encontrado en la Biblioteca Nacional ni en los archivos de esta ciudad.

En la nota del Virrey Flórez al Ministro Gálvez, de fecha 15 de mayo de 1778, se dice después de hablar del almanaque.

«Y a él se ha añadido, como prueba, que el Regente se ha valido del mismo medio para tirar los ejemplares de su edicto de visita que habrían sido más trabajosos, y menos claros y perceptibles del común de las gentes, siendo manuscritos, a más de ser innegable que no sólo facilita la expedición de las providencias de semejante clase, sino que proporciona, en la publicación de las producciones útiles, la emulación al trabajo y al aplicado estudio.»

El edicto de que aquí se habla es probablemente el mismo de que tratamos.

Para la biografía del señor Gutiérrez de Piñeres tenemos apuntados estos datos:

Era natural del Consejo de Lebeña, Obispado de León; se graduó de abogado, desempeñó importantes puestos en España, entre otros el de Alcalde de Sevilla y de Cádiz. Fue nombrado Regente el 23 de septiembre de 1776, y se le expidió el título en forma el 18 de diciembre del mismo año. Se le nombró además Visitador del Nuevo Reino en 23 del mismo mes, y luego Intendente de los Reales Ejércitos el 3 de marzo de 1777. El 11 de agosto de 1777 llegó a Cartagena con don José García de León Pizarro. Venía aquél de Visitador a Santafé, y éste a Quito. El 12 de octubre de 1780 expide aquí el decreto sobre rentas reales. El 12 de mayo de 1781 sale de Santafé para Honda, a media noche, aterrado por la insurrección de los comuneros. El 15 del mismo mes llega a esa ciudad, y el 8 de junio se embarca para Cartagena. El 16 de ese mes llega a Cartagena. El 19 de

enero de 1782 sale de Cartagena nuevamente para Santafé. El 13 de febrero llega a la capital. El 7 de diciembre de 1783 sale otra vez de Santafé para España. El 13 de febrero de 1784 se embarca en Cartagena. En 5 de octubre de 1788 vivía en Madrid, pues tiene esta fecha un informe que da él sobre los servicios de don Antonio de la Torre, y que está publicado en una obra de este sobre Cartagena (1).

1779

ALMANAQUE

9. Almanak, o calendario del año del Señor, de 1780, con los santos, fiestas movibles y de precepto que se guardan en este | Reino. (Tiene a la izquierda una viñeta que representa la luna llena, a la derecha otra que representa la media luna, y en medio una cruz).

Una hoja que contiene los seis primeros meses. Existe en la Biblioteca Nacional (2). La otra hoja no la hemos hallado, y quizás no se encuentre en parte alguna. Es con seguridad edición bogotana.

En las notas cronológicas pone la fundación de Santafé; y es en todo semejante este almanaque a los de los años de 1780, 1781, 1783 y 1784, de que trataremos luégo. Las viñetas de los meses, los tipos, el formato, el papel, etc., etc., muestran que son de una misma imprenta.

Estos almanaques se hicieron todos en dos hojas separadas. La primera contenía los meses de enero a junio, y la otra de julio a diciembre. Es sensible la pérdida de esta última, que tendría seguramente el pie de imprenta.

1780

GUTIERREZ DE PIÑERES (FRANCISCO)

10. Aranzel de los Dere | chos que deben llevar los oficiales reales de | las caxas de esta capital, conforme a la sentencia de este Superior Gobi | erno de doce de diciembre de mil setecientos setenta y cinco; y a lo resu | elto por Su Magestad en la Real Cédu-

(1) Biblioteca Pineda, miscelánea de cuadernos, serie 2ª, volumen 36.

(2) Salón de Obras Americanas, XIII-172.

la fecha en Aranjuez a veinte, y uno | de junio de setenta y siete.

Está en papel sellado, marcado así: + *Un cuartillo.* | *Sello quarto, vn quar | tillo, anos de mil se | tientos y ochenta y | ochenta y vno.* Y el sello con un escudo y la inscripción: *Carolus.III D. G. Hispaniar. Rex.*

El resto del impreso dice:

«1. Primeramente: no deben llevar derechos algunos a los indios, sus corregidores, u otras personas, por la entrega de tributos, ni de otras cualesquiera rentas; sino que de oficio les deben dar recibo de las cantidades que se reinterearen.

«2. Por la toma de razón de los títulos de empleados, cobren doce reales de plata de cada sujeto; los ocho para el contador oficial real y los cuatro para los oficiales.

«3. Por los informes que hicieren, a instancias de partes; cobren los derechos que tase el contador de cuentas más moderno; con atención al trabajo, y calidad de cada uno.

«4. Por cada libramiento, para cobranzas de real hacienda, lleven doce reales.

Santafé de Bogotá, veinte de octubre de mil setecientos setenta, y nueve años. *Juan Gutiérrez de Piñeres (rúbrica).* Por mandado de Su Señoría: *Nicolás Prieto Dávila (rúbrica).*» No hay pie de imprenta (1).

El señor Vergara y Vergara, al hablar del origen de nuestra imprenta, dice que después del escrito del señor Plaza que fijó en 1783 la primera publicación (inscripción de La Capuchina) se había descubierto «una providencia del visitador Piñeres, impresa en Bogotá en 1770.» Desgraciadamente no dijo dónde se encontró, ni dio datos bibliográficos sobre ella. Hay además un error en la fecha, sin duda tipográfico, pues el Visitador no vino aquí sino el año de 1777, como queda dicho en el número anterior. La mayor prueba de esto es que fue en 1776 (decreto de 11 de marzo) cuando se creó por el Rey de España el puesto de Regente Visitador para sus colonias.

En la Biblioteca Nacional hallamos este impreso que es sin duda el mismo a que se refiere Vergara (2).

El visitador expidió además una *Instrucción en que se establece regla fija para que en todo este reino se uniforme el modo de sustanciar las causas de fraudes que se cometen contra la real venta de aguardiente de caña,* la cual está fechada en *Santafé de Bogotá el 22 de mayo de 1779.* Tiene estas firmas:

(1) En el título hemos conservado la ortografía del original, pero no así en el resto del escrito.

(2) Está en la Sección Quijano Otero. Protocolo 18, página 80.

Juan Gutiérrez de Piñeres, Francisco Fernández de Córdoba.
Es copia. *Doctor Joaquín Moya.*

Esta *Instrucción* se publicó en Cartagena en los días de la reconquista, treinta y ocho años después (1). También la hemos hallado en un folleto que fue impreso aquí años después, ya en tiempos de la República. No sabemos para qué se hizo esta publicación, y si ella es reimpresión o si fue tomada de algún manuscrito. Al ejemplar que hemos visto de ese folleto le falta la portada, y sólo dice al final: *Imprenta de J. A. Cualla* (2).

La Imprenta de Cualla existió en el siglo siguiente, como veremos adelante.

También expidió el Visitador un decreto titulado *Instrucción general para la recaudación del real ramo de Alcabalas y Armada de Barlovento*, con fecha 12 de octubre de 1780.

Fue esta *Instrucción* la que produjo la revolución de los Comuneros. Ignoramos si ella fue publicada entonces, pues no hemos hallado en la Biblioteca sino un ejemplar manuscrito (3).

En 1829 se publicó aquí, en un folleto, en la Imprenta de Cubides, esta *Instrucción* de Gutiérrez de Piñeres, sobre alcabalas y barlovento. Ignoramos por quién y con qué objeto se hizo esta publicación tantos años después, pues nada se dice allí sobre esto. De ella hablaremos en el año correspondiente.

El historiador Restrepo menciona estas *Instrucciones*, y el señor Briceno publicó parte de ellas en su *Historia de los Comuneros*. Probablemente las tomó de ese ejemplar manuscrito. No está tampoco en los dos voluminosos tomos que contienen el proceso de los Comuneros, y que se hallan en el archivo anexo a la Biblioteca.

Bien que aquí trataran de ponerse en ejecución las disposiciones del Visitador inmediatamente, fueron consultadas a España. Allá fueron aprobadas el 4 de agosto de 1781 por don José Gálvez. Volvieron aquí cuando ya había pasado todo el drama de los Comuneros.

Gutiérrez de Piñeres, que se hallaba otra vez en la capital, de regreso de Cartagena, adonde había huído, ordenó cumplirlas el 16 de marzo de 1782. Este Decreto lo

(1) Dice al final: *Es copia de la Real Instrucción que se expresa. Cartagena de Indias, 16 de septiembre de 1817. José María de la Terza, Antonio Lorenzo Valdés. Con superior orden. Cartagena de Indias. En la Imprenta del Gobierno. Por J. Ramón del Pozo, año de 1817.*

(2) Biblioteca Pineda, serie 2ª, volumen 19.

(3) Nueva Biblioteca Pineda. Hacienda, volumen 10.

firma también el Secretario Nicolás Prieto Dávila. Todo ello consta en el citado ejemplar manuscrito.

1780

MASUSTEGUI (PEDRO)

11. Novena a la Virgen de Chiquinquirá, por el Padre Masústegui.

No hemos hallado esta publicación. Ella está citada en la novena sobre lo mismo que se imprimió en 1829, por Andrés Roderik. Allí dice que la que compuso el Padre Masústegui se reimprimió en Santafé en 1780. No conocemos tampoco esa novena de 1829, pero de ella habla el Padre fray A. Mesanza, en su obra reciente sobre Nuestra Señora de Chiquinquirá, y allí menciona el párrafo que hace referencia a Masústegui.

1780

ALMANAQUE

12. Almanak o calendario del año del Señor de 1781 con los santos, fiestas movibles y de precepto que se guardan en este Reino. (Tiene una viñeta a la izquierda que representa la luna llena, y otra a la derecha, que representa la media luna; y en medio una cruz, lo mismo que el almanaque para 1780 de que se habló en el número 9).

Existe en la Biblioteca Nacional, pero solamente la hoja que contiene los meses de enero a junio.

1781

ALMANAQUE

13. Almanak o calendario del año del Señor de 1782 con los santos, fiestas movibles y de precepto que se guardan en este Reino.

Edición igual a la de los años de 1779 y 1780. Se halla en la Biblioteca Nacional.

De éste sí existe la segunda hoja, y en ella dice, al fin de la primera columna: «Con superior permiso. En Santa-

fé de Bogotá, en la Imprenta Real de don Antonio Espinosa de los Monteros.»

La primera hoja tiene siete columnas con unas notas cronológicas y los meses de enero a junio. La segunda: fiestas movibles, témporas y notas y los meses de junio a diciembre.

Son curiosas las viñetas de los meses, por lo borrosas y grotescas.

1782

GALAN JOSE ANTONIO

14. En la causa criminal que de oficio | de la Real Justicia se ha seguido contra Joseph | Antonio Galán. Natural | de Charalá. Jurisdicción del Socorro, y demás socios presos en esta Real Car | sel de Corthe, etc.

Fol. 5 pgs. s. f. Fue firmada esta sentencia en Santafé el 30 de enero de 1782.

Existe en la Biblioteca Nacional, donde la hemos consultado (1), y en el archivo de Indias, donde la halló el señor Medina. También hay cuatro ejemplares en el archivo anexo a la Biblioteca en uno de los tomos que contienen el proceso de los Comuneros; y la posee en esta ciudad el bibliófilo señor Martín Delgado.

1782

CABALLERO Y GONGORA

15. (†) Don Carlos por la Gracia de Dios | Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, etc. etc.

Fol. 3 pgs., sin foliar.

Después de la enumeración de los títulos del Rey de España sigue el nombramiento del señor Caballero en tipo más pequeño, y más angosto el formato. Al margen dice:

Real Título de Virrey, Gobernador y Capitán General del Nuevo Reyno de Granada, Presidente de la Real Audiencia de Santa Fé en interin.

El título está fechado en San Lorenzo el Real, a diez y seis de noviembre de mil setecientos setenta y siete.

(1) Biblioteca Pineda. Sección 5ª, volumen 10. Está allí entre varios manuscritos.

Sigue luego el juramento, que dice así :

«En la ciudad de Santa Fé a quince de junio de mil setecientos ochenta y dos años, estando en la pieza principal del Palacio, que sirve de habitación a los Excmos. señores Virreyes de este Reyno; el Excmo. e Illmo. Sr. D. Antonio Caballero y Góngora, del Consejo de S. M. Dignísimo Arzobispo de esta Santa Iglesia Catedral Metropolitana, en presencia de los señores Regente y Visitador General, Oidores y Alcaldes de Corte, Fiscal de lo Civil y Alguacil Mayor de la Audiencia y Chancillería Real de este Nuevo Reino de Granada, Regente, y Contadores del Tribunal Mayor de Cuentas se me entregó por el señor D. Juan de Casamayor, Secretario de Cámara del Virreinato el Real Título que antecede de Virrei, Gobernador y Capitán General de las Provincias de este dicho Nuevo Reino y Presidente de la dicha Real Audiencia en ínterin, para que se leyese por el presente Escribano de S. M. Teniente del Mayor de Gobierno, lo que ejecuté en altas e inteligibles voces para que lo oyesen y se inteligenciasen de su contenido, así los dichos señores como otras personas de circunstancias, que presenciaban este acto: y habiéndole dado por todos los dichos Tribunales, a quienes correspondía, el obediencia debido, para su puntual cumplimiento se procedió a recibir a dicho Excmo. e Illmo. Sr. Arzobispo el juramento que en dicho Real Título se previene, el cual hizo por ante mí dicho Escribano por Dios Nuestro Señor y los Santos Evangelios que estaban presentes en un misal de que usará y ejercerá bien y fielmente los dichos empleos de Virrey, Gobernador, Capitán General y Presidente de la Audiencia y Chancillería Real de este Nuevo Reino que S. M. se ha dignado poner a su cargo, que guardará y hará guardar el servicio de Dios Nuestro Señor y del Rey teniendo cuenta con el bien y buena Gobernación de estos dominios, mirando para el mayor alivio, aumento y conservación de los indios; que guardará, y defenderá las Regalías del Real Patronato; hará justicia a las partes sin acepción ni excepción de personas; observará y cumplirá los capítulos de buena gobernación y leyes del Reino, Cédulas y Provisiones de S. M. Que no permitirá que sus oficiales lleven derechos demasiados, dádivas, cohechos, baraterías, ni otra cosa alguna de más, sino que únicamente cobren los derechos que conforme al Real Arancel les correspondan, y finalmente que en todo hará lo que debe, y es obligado hacer. Con lo cual, en señal de posesión, se le entregó por el señor Regente Visitador General el bastón, y se concluyó este acto, que lo firmó el Excmo. e Illmo. señor Arzobispo, por ante mí, de que certifico y doy fe. Antonio, Arzpo. Virrey de Santa Fé. Ante mí Joseph de Roxas, Escribano

de S. M. Es copia de su original, a que me remito, Santa Fé, y junio 17 de 1782 años.»

Luégo está manuscrita la firma del Escribano.

Parece ser impreso en esa mala imprenta que se trajo de Cartagena. Existe en la Biblioteca Nacional. También lo halló el señor Medina en el Archivo de Indias.

E. POSADA



BIOGRAFIA DEL GENERAL AGUSTIN CODAZZI

ESCRITA EN ALEMÁN POR HERMAN ALBERT SHUMACHER, Y TRADUCIDA POR FRANCISCO MANRIQUE—AUMENTADA CON NOTAS, DOCUMENTOS Y CARTAS, POR CONSTANZA CODAZZI DE CONVERS
1912

(Continuación).

Estos no son obra original de Codazzi. Siguen luégo los mapas políticos de Venezuela en 1810 y 1840; otros que muestran también relaciones hidrográficas y divisiones de zonas, así como tres mapas de las campañas de la guerra de la Independencia. La parte tercera está formada por tres cuadros relativos a la antigua Colombia, a los que se agrega uno del Perú y Bolivia, que no es trabajo original de Codazzi. Vienen luégo los mapas de las Provincias en el orden siguiente: Caracas, Margarita, Cumaná, Barcelona, Maracaibo, Coro, Mérida, Barquisimeto, Trujillo, Carabobo, Barinas y Apure; por último, mapas de los cinco Cantones de la enorme Provincia de Guayana: Angostura, Caicara, Piacoa, Ríonegro y Upata. Una plancha final contiene cuadros comparativos de altura de montañas y longitud de ríos; también áreas de las trece Provincias. El atlas contiene además de una página de título dibujada por Fernández, muy buena para aquellos tiempos, diez y nueve cuadros y treinta mapas; nada más del excepcionalmente rico material de Codazzi alcanzó a ser completado ni publicado; ni sus ensayos sobre agricultura tropical, ni su grande obra relativa a la construcción de caminos y ferrocarriles, ni su estadística relativa a las Provincias separadas, ni las descripciones de curiosidades o de puntos que dominan magníficos panoramas.

Cuando la obra de Geografía, distinguida por la Sociedad Geográfica con su medalla de honor, fue remitida a Caracas, Codazzi no pensaba en un regreso inmediato. Las frases de aprecio que le llegaban de otras partes lo hacían miembro distinguido del círculo de sabios de París. Hombres notables mantenían relaciones con él y su esposa en su

modesta habitación. Había proyectado una visita a su suelo natal; pero desistió de ella, porque ni el hombre estudioso, ni el Coronel venezolano esperaban hallar posición adecuada en el estado burocrático de Italia. Por ese tiempo nació su cuarto hijo, Lorenzo, y llamó a su lado a su única hermana, Juana—familiarmente Gianetta—desgraciada en su matrimonio con el doctor Juan Dall'Olio, y separada por Mastai Ferretti, Obispo de Imola y su confesor, después Pío IX.

ENSAYO DE COLONIZACIÓN ALEMANA

Codazzi registró en su *Geografía* que el máximo de población de Venezuela era de 946,000 habitantes (entre éstos 414,000 mestizos y solamente 260,000 blancos), mientras que en la República de Colombia había entonces 3.000,000 de almas. En el norte de Sur América había existido de tiempo atrás la mayor desproporción entre habitantes y territorio.

«Pero con respecto a esto es preciso considerar la pérdida de vidas ocasionada por la sangrienta lucha de la Independencia, así como las víctimas del terremoto de 1812; la peste de 1818; las muertes en Aragua en 1825, y las del Distrito de Apure entre 1832 y 1838; la guerra devoró la mayor parte de la población, no porque los ejércitos fuesen tan formidables, sino porque vino con tan cruel ímpetu, destruyendo no solamente los prisioneros en los combates, sino también los ciudadanos pacíficos, sin consideración de sexo ni edad. Como consecuencia de tal método de guerra, poblaciones enteras seguían a sus ejércitos. Muchos fueron víctimas del hambre, de las enfermedades, y también algunos de las fieras de los bosques. Grandes y ricas regiones cultivadas se convirtieron en desiertos; el fuego consumía las moradas de los hombres; todo el mundo tenía que ser soldado o fugitivo; por los menos 200,000 venezolanos fueron destruídos por la guerra.»

En tales circunstancias todo progreso que debiera ser duradero en el país, y de alguna importancia, dependía del aumento, y hasta donde fuere posible, del mejoramiento de los elementos del pueblo. Codazzi había manifestado ya esta opinión antes de su viaje a Europa; la repitió desde París; él negaba que fuese posible el pronto levantamiento artificial del nivel del pueblo en Venezuela por medio de propósitos entusiastas y acción enérgica; se sentía asimismo ser el primer consejero de aquella tierra que había recorrido y examinado, dibujado y descrito; creía en un futuro brillante, en la fertilidad del suelo; en la natural habilidad de los todavía rudos habitantes, cuyo conocimiento había ad-

quirido bajo muy diversas condiciones; en la vida política, y en las indestructibles bendiciones de una Constitución libre. En París había combatido las opiniones europeas relativas al manejo doméstico de los criollos, y a los climas tropicales, convenciéndose al mismo tiempo cada vez más de que una inmigración de gentes de capacidades sólidas, iniciada con entusiasmo años antes en Maracaibo por su amigo inglés Francis Hall, podía muy bien llevarse a cabo. Dotado de una rica y poética fantasía, creyó poder predecir para dentro de muy corto tiempo el feliz porvenir de Venezuela. Alentar con todo su poder una inmigración respecto a la cual ya una ley venezolana de 12 de mayo de 1840 había fijado nuevas condiciones, parecía ser el primero y mayor interés del Estado. Las regiones que merecían especial atención con tal objeto habían recibido preeminencia en la *Geografía* de Codazzi; particularmente en sus disertaciones relativas a los Cantones de Ocumare, Victoria y Macaray.

«Ocumare demora cerca de los caminos públicos que conducen a través de los llanos, y al mismo tiempo casi en las faldas de las nobles montañas cubiertas de florestas primitivas que separan el valle de Tuy de las pastadas llanuras. Por razón de la fertilidad de su suelo y lo saludable de su clima, este valle invita especialmente a los desmontes y cultivos. Ricos también son los alrededores de la ciudad de Victoria; aún más rica es la gran región que forma las fuentes de los ríos Aragua y Tigre: las alturas de estos territorios, actualmente inhospitalarios, que nos brindan aires tan puros, ofrecen mil ventajas para colonias agrícolas que pueden extenderse gradualmente desde la región montañosa hacia aquel valle del Tuy. Este río, que desciende del nudo montuñoso de Tamaya y Maya, navegable abajo de Araguaita, está destinado a ser un canal por el cual alcanzarán algún día los mercados extranjeros todos los productos de esta ahora inculta región. En los alrededores de la ciudad de Macarai y su pintoresco lago se extienden fajas de floresta que cubren el suelo más fértil: cuando la mano del hombre trabaje aquí, cultivando los campos y fundando poblaciones, y cuando construya un camino al puerto de Choroní, entonces empezará la edad florida de Macaray.»

A instancias de Angel Quintero envió Codazzi al Gobierno de Páez, a mediados de septiembre, un detallado plano de colonización. Inmediatamente su entusiasmo encontró eco en Caracas: ¿porqué no poner en práctica, con buenas probabilidades, proyectos hijos de las mejores intenciones? Poco tiempo después del nacimiento de uno de sus hijos, Codazzi se dirigió a Caracas para desarrollar su

plan. Con tal motivo visitó de nuevo gran parte de las cadenas de montañas de la carta de Venezuela, las cuales descienden por un lado en rápidas pendientes hacia el mar, mientras que por el otro forman pequeñas mesetas, espaciosos terraplenes y agradables valles. Para base principal de su empresa escogió una región de florestas, muy favorable para cultivos de plantas europeas y americanas, situadas al occidente de La Guaira, el primer puerto del país; esto es, en la región de las fuentes del río Tuy. La altura media sobre el nivel del mar alcanzaba unos 1,700 metros, mientras que la temperatura media marcaba de 12 a 15 grados Reaumur. El plan de Codazzi consistía en dirigir él personalmente este primer modelo de colonias, desde la Victoria, que sólo distaba seis leguas. Se proponía también escoger por sí mismo los colonos en Europa y conducirlos en la travesía del Océano, adelantándoles, con ayuda de sus amigos venezolanos, el dinero necesario para su traslado, sin que tuviesen que pagar intereses por éste durante cinco años: suministrar a cada familia una habitación, animales domésticos y tierra descujada.

«Cuento con el Gobierno de Venezuela, que está dispuesto a ayudarme; con los grandes capitalistas del país, y con todos aquéllos que estimen de corazón el bienestar de su patria. Me propongo abrirle a la inmigración europea ancho y fácil camino hacia aquí: no traer clandestinamente a América hombres sin ocupación o vender esclavos aquí; mi proyecto requiere familias industriosas; necesito personas de buenas costumbres, y acostumbradas al trabajo. Tengo intención de traer los elementos para esta colonización, enteramente de Alemania, porque en el norte de nuestro Continente, los Estados Unidos deben el rápido crecimiento de su población agrícola, especialmente al elemento alemán. A esto podrá quizá objetárase que los colonos alemanes no hallan en Venezuela, como en los Estados Unidos, clima semejante al de su suelo nativo y sus acostumbradas condiciones de vida; que por esta razón no serán capaces de habituarse tan prontamente a su cambio de morada. A esto respondo que Venezuela puede ofrecer las mismas ventajas e igual ayuda que Norte América; aunque en nuestro clima las estaciones son diferentes a las de Europa, se halla una variación semejante de temperatura conforme se ascienden los costados de las montañas; en vez de hielo y nieve, prevalece un perenne crecimiento vegetal, mientras que abundantes lluvias hacen las veces de la primavera y el otoño de las regiones templadas.

«Repetidas veces, durante mi última visita a Europa, disfruté de largas conversaciones con hombres eminentes que creían conocer suficientemente a Venezuela, para po-

der dar opinión fundada respecto a mis proyectos de colonización, y a la elección de la región mejor adaptada para semejante empresa; quiero decir, hombres como Humboldt y Boussingault, cuyos escritos han contribuído tanto a la ilustración de mi patria adoptiva en Física y Ciencias Naturales: la aprobación de tales hombres, conocedores del país también, es una garantía del buen resultado de mi empresa.»

Los inmigrantes que tenían que renunciar a toda conexión con la vieja patria debían hallar cuidados patriarcales en su nueva morada: la colonia estaba destinada a ser una gran compañía de intereses entre capitalistas y labradores; Codazzi, como cabeza, debía de representar a los primeros. Los alemanes debían llegar a puerto Mayo, en noviembre de 1842, y ser transportados de allí inmediatamente al lugar de la colonia: luégo seguiría un mes de descanso, para restablecerse de las fatigas del viaje y arreglar sus domicilios, debiendo ser mantenidos también durante este tiempo: deberían principiar sus trabajos agrícolas en diciembre, dedicando tres días de la semana a las faenas de la colonia o de su director, aplicando en seguida en sus propias tierras los conocimientos así adquiridos; de tan práctica instrucción, a la que se agregaban los conocimientos y experiencia ya adquiridos en la patria, deberían resultar tantas heredades como familias. Debía además existir una gran comunidad; el director de ella debía no solamente representar los intereses de los colonos ante el Gobierno, sino también propender por ellos en casos individuales con auxilios pecuniaros u otra clase de ayuda.

Codazzi prestó juramento ante el Gobierno de no introducir sino familias de valor moral y práctico; debían tomarse medidas especiales para que la generación que se desarrollaba se hallase pronto preparada para tomar parte en los trabajos; debían escogerse hasta donde fuera posible artesanos que, junto con el cultivo de la tierra, pudieran desarrollar industrias útiles en mayor escala. El Gobierno designó las localidades de los poblados y expidió informes semianuales de los progresos de la colonia y de los pasos de sus miembros, quienes estarían exentos, durante diez y seis años, de toda contribución y servicios, especialmente civiles y militares.

En Caracas se abrigaba la esperanza de que todos los requisitos, tanto físicos como políticos, para la próxima grande inmigración, habían sido previstos por el país y sus habitantes: lo relativo a la seguridad de la paz, al orden en el manejo público, a la administración de justicia y a la tolerancia. El 26 de noviembre de 1841 había votado el Congreso, como préstamos para los proyectos de Codazzi, la

cantidad de 15,000 pesos que sería aumentada hasta 60,000 si los progresos de la empresa requerían mayores sumas; pero estas sumas votadas no serían pagadas, mientras que suficientes garantías para el cumplimiento de todas sus obligaciones no fuesen suministradas por quienes se hubiesen asociado en esta empresa. Codazzi deseaba mantener el asunto en sus propias manos, y por esto no buscó un socio capitalista, sino solamente un fiador, que encontró como antes en Martín Tobar y Ponte. Este hombre, de más de sesenta años, traspasó, junto con su sobrino Manuel Felipe Tobar, a Codazzi fincas propias, situadas cerca de la primera colonia; éste, en prueba de gratitud por esta donación, prometió llamar el punto de partida de toda la empresa, el núcleo de toda la familia, *Colonia Tobar*.

Los primeros trabajos indispensables empezaron inmediatamente: la construcción de caminos y el descuaje de montaña. A principios de 1842 Codazzi hizo en París el anuncio siguiente respecto a sus futuras esperanzas de su choza de troncos en las márgenes del río Tuy:

«Las florestas tienen que ser derribadas antes de la llegada de los colonos, porque de lo contrario, como dice Humboldt, los europeos caerían antes que los árboles de los trópicos. En los desmontes nuevos, por causa de la descomposición vegetal y los vapores deletéreos de su suelo nunca alumbrado antes por la luz del día, se levantan venenos tan mortales, que ningún recién llegado puede vivir allí; la primera operación es la apertura de una trocha; la siguiente es la construcción de barracas para hombres y provisiones; luégo sigue el corte de árboles y la quema de matorrales; después el trazado del lugar con divisiones especiales en referencia a los sitios necesarios para las futuras autoridades. Ya la presencia del hombre ha animado con nueva vida esta soledad florestal, tan silenciosa hasta ahora; ya se oyen los golpes de las hachas de los hombres ocupados en derribar árboles centenarios; estos bosques de vegetación primitiva, que la planta humana no había hollado nunca, son ahora atravesados por robustos labradores que conducen caballos, mulas y bueyes cargados con provisiones y toda clase de herramientas; aquí y allí comienzan a verse cabañas en el desierto, en los mismos lugares que han de ser ocupados más tarde por cómodas habitaciones. Plantas útiles reemplazarán bien pronto la exuberante vegetación inútil; ya un camino de siete horas, construído bajo la dirección del Coronel Codazzi, a la cabeza de doscientos trabajadores suministrados por el Gobierno con tal objeto, conduce de la futura colonia a la ciudad de Victoria; éste abrirá fácil y rápida comunicación con el floreciente valle de Aragua, la parte más densamente poblada de la Provincia de Caracas:

ya una segunda vía de comunicación debe abrirse hacia Puerto Mayo, del lado de la costa; la tercera conducirá más tarde por sobre las colinas de las altiplanicies hacia la capital del país; para esta última se ha propuesto un ferrocarril, el cual, naturalmente, tiene que ser considerado como la conexión más importante, puesto que los productos agrícolas podrían traerse a Caracas en pocas horas y con un gasto insignificante. Si este proyecto se lleva a cabo, y pueden construirse pronto ramales hacia el valle de Aragua y el Distrito de Turmero, los productos de esta zona, excepcionalmente fértil, duplicarán su valor, y las regiones cultivadas se extenderán a lo largo de toda la cadena de montañas que ha sido considerada hasta ahora como un muro inescalable para la civilización y los proyectos de cultivos.»

La naturaleza del suelo, según Codazzi, difícilmente podría ser mejor para los cultivos que iban a establecerse; una gran capa de suelo fértil asegura la producción; enormes árboles de majestuosa apariencia se levantan allí; la palma de la cera extiende sus graciosas hojas sobre un tronco de más de sesenta pies de altura; por todas partes se hallan las mejores maderas de construcción, e instrumentos para tinte y embutidos; los árboles de quina crecen en abundancia en las cordilleras que brillan con vegetación siempre verde, abundantemente regada por las nubes y el rocío. Este proyecto descrito de tal manera, y atractivo bajo muchos respectos, era patrocinado en París por Alexander Benitz de Edingen, de Baden, quien en la tarea de dibujar mapas para el atlas de Codazzi se había entusiasmado por la República tan llena de promesas, y por la América tropical en general. Allí se publicaban los planos de la futura fundación Tobar y de las demás en proyecto: San Carlos, Anancos, Maya y Cagua, Oricaro y Chichiribichi, Guaipao y Tuy: panfletos en español, francés y alemán ponderaban el país.

El 11 de junio de 1842, dos días después de la tan lamentada muerte del Príncipe heredero francés, Codazzi se presentó de nuevo en París, donde su familia había permanecido, después de haber nombrado a Ramón Díaz su representante en los trabajos de la colonia, en La Victoria. Mientras que Benitz buscaba emigrantes, Codazzi, a quien el Rey Luis Felipe concedió la cruz de la Legión de Honor, disfrutaba de los tesoros científicos de la capital en trato con hombres a quienes cada día se sentía más igual. Sintió la influencia intelectual del activo cuerpo de sabios en París, despertando al mismo tiempo en ellos interés por él. Una misión secundaria muy de su gusto lo introdujo en el círculo de artistas de la metrópoli, con motivo de los preparativos para el traslado de los restos de Bolívar, resuelto en

Caracas el 30 de abril de 1842: el primer paso que tendía a demostrar que un nuevo período histórico había empezado en Venezuela, y que podían vencerse las desgraciadas circunstancias que prevalecían cuando doce años antes había muerto el Libertador en San Pedro. Codazzi tuvo que hacerse cargo en París de los arreglos para la ceremonia fúnebre; para el catafalco que debía construirse a bordo de un buque de guerra venezolano; para el arco de honor en la plaza principal de Caracas, y para la decoración de la ahora Catedral arzobispal de allí. Por consejo de sus amigos artistas de París dio a Pietro Tenerani, de Roma, el contrato para una estatua adecuada de Bolívar. En estas ceremonias en honor del Libertador, de las cuales había sido activo promotor Carmelo Fernández en Santa Marta, el patriotismo se levantó muy alto en Caracas en diciembre de 1842, cual si la expiación por los pecados anteriores quisiese unirse a la garantía de un futuro mejor.

El 20 de enero de 1843 dejó Páez la Presidencia, sucediéndole Carlos Soubllette, por muchos años su Secretario privado, Ayudante y Ministro de Guerra. Codazzi estaba seguro de que el nuevo Gobierno, al cual envió gustoso una felicitación desde París, aprobaba sus ideas e impulsaría sus trabajos. De acuerdo con el programa primitivo para la fundación de una colonia, las primeras siembras de semillas debían principiar en diciembre de 1842; pero los preparativos se habían retardado. Codazzi y Benitz llegaron el 6 de abril de 1843 en el buque francés *Clementini*, con trescientos cincuenta y ocho emigrantes de Alsacia y Baden, a saber: ciento cuarenta y cinco hombres, noventa y seis mujeres y ciento diez y siete niños menores de catorce años; había herreros y cerrajeros; carpinteros, ensambladores y torneros; canteros y albañiles; zapateros, sastres y sombrereros; caldereros, alfareros, fabricantes de herramientas y carros. El viaje de mar fue muy incómodo, pero no peligroso, aunque se levantó una epidemia de sarampión a bordo, por lo cual no se les permitió desembarcar en la Guaira, y el buque tuvo que anclar en el ardiente puerto de Choróní. De allí tuvieron que emprender el viaje a pie hacia el lugar de la fundación, pues las pocas bestias de carga disponibles en aquel solitario lugar eran escasamente suficientes para conducir el pesado equipaje; los vestidos europeos, especialmente los sombreros, no eran adaptados al clima; el cansancio producido por el calor, los alimentos no acostumbrados, como los plátanos, la yuca, los frijoles, la arepa y la carne salada no sentaron bien a los extranjeros; el uso del agua desarrolló casos de disenteria, y cuando la meta de sus esfuerzos fue hallada (la tan poéticamente descrita Colonia Tobar), no era sino unas pocas cabañas

techadas con hojas de palma en medio de las ruinas de la selva primitiva. Ramón Díaz no había completado los preparativos necesarios, ni siquiera la construcción de barracas o el desmonte de la maleza. No fue menos perjudicial el que Inder Pelegrini no hubiese adelantado la construcción del camino tanto como se esperaba. Los recursos para los recién llegados tenían que traerse de La Victoria, a través de la escabrosa cordillera; pero el transporte resultaba más alto que el precio del mercado; se necesitaban bestias de carga adecuadas para transportar las provisiones, así como bodegas a propósito para almacenar las ropas y los comestibles, tales como harinas, pan duro, legumbres, etc.; artículos que les eran distribuidos a las familias de una manera contraria a las instrucciones; tales bodegas empezaron a construirse.

Las tupidas florestas ofrecían el mayor peligro: después de seis meses de permanencia, los europeos no se hallaban todavía en condiciones de emprender por sí mismos la limpia del terreno, en la que se ocuparon ciento veinte jornaleros del país, de los cuales uno murió, tres fueron estropeados y cincuenta se fugaron. Solamente después de un año de permanencia pudieron los colonos tomar parte en los trabajos: había que derribar árboles que solamente podían ser atacados desde altos andamios: otros estaban tan enlazados por las ramas y los bejucos con sus gigantescos vecinos, que después de cortados no caían; y cuando al fin eran derribados, causaban devastación terrible en los matorrales inferiores, originando esos vapores deletéreos contra los cuales Codazzi había dado la voz de alarma tan enérgicamente. Otra desgracia había ocurrido ocho días después de la llegada: las madres que amamantaban perdieron repentinamente la leche. Codazzi hizo llevar cabras de la Victoria; pero a éstas también se les secaron las ubres pocos días después de transportadas; lo mismo sucedió con las vacas, las cuales, sin embargo, volvían a dar leche al regresar a tierra caliente; las gallinas no pusieron en un mes; los gatos se murieron. Entonces Codazzi hizo llevar ganados poco a poco a la región Tobar, parándolos primero un mes a una altura de 800 metros; luego por igual tiempo, a 1,050 metros, y por último, tres meses, a 1,700 metros; pero a pesar de esto perdió la mitad de sus vacas y la cuarta parte de sus demás reses.

En septiembre vino la primer cosecha; como mínimum del producto, el trigo dio el treinta y tres por grano; la cebada mucho más, y el maíz el ciento. Las legumbres habían crecido enormemente; las vainas de arvejas y frijoles contenían innumerables granos. Los primeros fabulosos productos reanimaron el ánimo de los colonos, muchos

de los cuales pasaron de su anterior desaliento al otro extremo. Las condiciones parecían ciertamente mejorar: algunos elementos perturbadores se separaron del lugar, pero quedó una buena agrupación.

En mayo de 1844 se quemaron los desmontes, y nuevas semillas se plantaron en las rosas: una semana de trabajo para el director de la colonia, dos para los colonos; otra vez se obtuvo un crecimiento maravilloso. El producto neto de la primera cosecha se estimó en \$ 20,000. Pero sobrevino un hielo que destruyó las plantas que ya principiaban a mostrar hojas; con las fuertes lluvias que siguieron se destruyeron las papas y las leguminosas; la cebada resistió la intemperie; pero no así el trigo. «Nuestras esperanzas descansaban en la cebada—escribe Codazzi—cuando vino el daño por los gusanos; muchos campos de cebada fueron destruidos, aunque hombres, mujeres y niños trataban día y noche de destruir la plaga; por fin un fuerte aguacero mató a los enemigos de la agricultura. La cebada dio buen pan; la pilada hizo las veces de arroz, dando buena sopa, mientras que el tamo sirvió como heno; los ganados se alimentaron con avena.»

Agotáronse los fondos de Codazzi, cuando quinientas familias tenían aún que ser provistas de terrenos limpios, cuya operación requería por lo menos dos años: el Gobierno votó un segundo avance hasta la suma total de \$ 100,000; la mitad debía ser devuelta por los colonos, mientras que el resto lo suministraba la Nación en virtud de los caminos que debían construirse, y de las mejoras que recibían las tierras nacionales. La joven población de Tobar adelantaba ciertamente; pronto tuvo ciento veinte habitaciones, entre éstas algunas de ladrillo; dos tejares, un molino, un aserradero, dos almacenes para ropas y comestibles, una imprenta, un hotel con sala de baile, una gran bodega para depósitos, una escuela para ochenta niños, una iglesia con reloj, campana y ornamentos; cosas desconocidas en los demás pueblos pequeños de las regiones tropicales. Una inspección del Gobierno produjo los mejores efectos: el médico encontraba mayor comodidad en sus nuevas tareas; Benitz fue nombrado jefe del lugar con los poderes de Coronel: Codazzi y su incansable esposa gozaban de universal estimación. «El colono, escribe Benitz en aquella época, vende ya sus productos en Caracas, La Guaira y La Victoria; los artesanos, en general, tales como carpinteros, herreros y torneros, hallan suficiente trabajo en el mismo lugar; los más hábiles están ya haciendo molinos, trapiches, maquinaria para beneficiar café, máquinas para aserrar, cervecerías, etc., para los valles de Antagua y Aragua. Todos los colonos tienen ganados y animales domésticos, especial-

mente aves de corral; los más acomodados tienen también caballos de silla. La escuela pública de la Colonia progresa bien; las casas ya concluidas se semejan a las del Alto Rhin.»

Cuando esto se escribía, ya Codazzi había perdido a su mejor amigo: Martín Tobar Ponte, el patriota sin mancha, como era llamado: había muerto el 26 de noviembre de 1843. Codazzi consideró esta muerte como un cambio en su propia vida. Para colmo de males, la situación política de Venezuela cambió materialmente, sin que la muerte del anciano tuviese sin embargo nada que ver en esto. En vez de disfrutar tranquila prosperidad y de hallar en el progreso regular un incentivo para las labores pacíficas, el espíritu criollo, siempre inquieto y aun más intranquilo por las guerras, en Venezuela, se exaltaba asimismo con nuevas reformas. La permanencia del Gobierno allí parecía una oligarquía que tenía que ser combatida de la manera más determinada por los hombres leales del pueblo, especialmente por las representantes de la prensa de la capital. La excitación era general, y bien pronto se extendió la fermentación por toda la República. Los colonos comprendieron que el bienestar de los emigrantes no está solamente en la salubridad y buenas condiciones de la tierra, ni en la posesión de casa propia y administración local, sino especialmente en la permanencia de condiciones sólidas; la seguridad de la administración de justicia y la existencia de un espíritu público suficientemente maduro para la obra en que el recién venido pueda tomar parte a su vez; pero ellos podían llevar a cabo muy poco por sí mismos: a despecho de la incansable ayuda de Codazzi, a dondequiera que dirigían sus peticiones y súplicas, sólo hallaban partidos en disputa que no prestaban atención a las cuestiones de vida práctica. A pesar de esto, Codazzi mantuvo la colonia en orden, sosteniendo las esperanzas de cosecha a cosecha, y estaba siempre pronto a prestar ayuda y consejo. Al 2 de noviembre de 1845, hizo la siguiente manifestación: «Los habitantes de Tobar están satisfechos, y ya viven del resultado de sus propias labores; han tenido algunas cosechas alentadoras, no obstante las constantes plagas de la agricultura; el resto del camino que conduce a Caracas está ya concluido. Naturalistas alemanes estacionan aquí con gusto, estableciendo campo para experimentos botánicos y animando nuestros intereses intelectuales con resultados notables.» Entre estos ilustrados visitantes de la Colonia Tobar, Hermann Karsten de Stralsund, quien, habiendo venido en la primavera en 1844, de Hamburgo a Puerto Cabello, se entregaba en el nuevo fundo a las Ciencias Naturales, especialmente a la Botánica y a la Geología; el incansable investigador adquirió amistad personal con los alemanes de

influencia en Venezuela, tales como los doctores Knche y Tauris, así como con los Cónsules prusianos Otto Harrassowitz y Alfred Parsow; tuvo mucho cariño por Codazzi y su familia, alentando a su vez, por causa de esta amistad, muchos intereses de la joven colonia; vivía como huésped en la casa de Benitz, y coleccionaba pequeños helechos arborescentes y palmas para los jardines europeos; plantas que llegaron a Alemania casi todas vivas. «Sin la bondadosa ayuda de la familia Benitz, el empaque y las demás diligencias fatigosas habrían sido difíciles; sin semejante ayuda, Karsten no habría podido permanecer meses enteros en los tupidos bosques, y hallar, a pesar de esto, tiempo y tranquilidad para sus grandes dibujos de la más linda vegetación tropical, que no tienen igual en cuanto a fidelidad y lo completo de la colección.» Karsten tenía mucho interés en los proyectos de Codazzi, y aun agregó algo a ellos: le llamó la atención hacia un descubrimiento tan importante como difícil su explicación. En la *Geografía* de Venezuela apenas hay una corta observación relativa a las antigüedades y reliquias de tiempos pasados; ahora bien: no lejos de Tobar, en una colina pequeña del otro lado del río Maya, y también en la región del Tuy, se descubrieron bancos de rocas cubiertos de figuras talladas a cincel: culebras y otros animales; cabezas y manos de hombres; lunas y estrellas parecían poderse reconocer en los dibujos. Al principio Codazzi pensó que aquello era un antiguo cementerio; pero sus teorías fueron cambiando de suposición en suposición, pues Karsten no hallaba explicación. Durante la permanencia del naturalista alemán, Codazzi abandonó sus tareas de colonización de una manera bastante repentina. El Presidente Soublette lo llamó a Caracas y lo indujo, en vista de la constante amenaza de un levantamiento popular contra el Gobierno, de mala fama como oligarca, a ocupar la Gobernación de Barinas, que se preparaba para probables operaciones militares. Codazzi dejó su empresa favorita a cargo de Benitz, en diciembre de 1845, y se dirigió a aquel Distrito a cien leguas de Tobar, abundante en estepas; a la población de Barinas situada al pie de las montañas de Mérida, y apenas medio levantada de la ruina terrible sufrida durante la guerra. Allí se persuadió de que la paz de todo Venezuela dependía de esa Provincia, puesto que ella determinaba la actitud de todos los llaneros que moraban desde las faldas de esas montañas, hasta las márgenes de los ríos Meta y Orinoco; por medio de grandes esfuerzos personales, es decir, viajando de lugar en lugar; mejorando los poblados pequeños, desarrollando planes de ventajas comunes, logró contener a los inquietos habitantes. Cuando llegó el tiempo de elegir el nuevo Presidente (agosto de 1846), la agresión de los partidos llegó a tal punto, en la

parte oriental de Venezuela, que Páez hubo de ser nombrado nuevamente Comandante en Jefe del Ejército y de las milicias, para contrarrestar la anarquía armada que se levantaba. Con Páez era también Jefe aquel entonces Monagas, uno de los más decididos representantes del militarismo, quien creyó acabar pronto con el partido opuesto, que se llamaba democrático. Contra las secretas instigaciones de este hombre trabajó Codazzi con discreción y energía, consiguiendo impedir la entrada de armas y soldados en todo el Distrito de Barinas. Cabalgando de población en población, de hacienda en hacienda, reconcilió a los cabecillas, por todos los medios imaginables, especialmente por la persuasión: así en una ocasión encareció prudencia y buen juicio por medio de una alegoría representada por sus niños (1). Cuando Páez hubo reducido la insurrección, el Gobernador Codazzi manifestó formalmente gratitud y reconocimiento en su nombre y en el de su Provincia.

Como la quieta vida de Barinas lo indujo a continuar sus antiguos escritos sobre agricultura tropical, así como el diseño de mapas locales exactos, y como tales labores despertaban en él más altos ideales, Codazzi estaba sumamente satisfecho: le gustaba hallarse entre los ecuestres vaqueros, a los cuales se asemejó bien pronto en muchas cosas; en sus informes anuales sometió a la Asamblea Provincial estudios formales relativos a la historia, geografía, relaciones con los vecinos y cuestiones referentes a los caminos provinciales, que fueron obra de importancia cien-

(1) Ofreció un banquete a los Jefes de ambos partidos y a las principales familias, también divididas; a los postres se presentaron los niños Araceli, vestida de Libertad; Agustín, goajiro; Domingo, caribe; Lorenzo, orinoco, y se colocaron cada uno al lado de los principales cabecillas. La Libertad se dirigió al anciano General Blanco, con palabras de paz y concordia: cada uno habló en el mismo sentido, y en el sencillo lenguaje del indio, comparaban la conducta de los blancos con la suya, que vivían unidos y en paz; dirigieron palabras de elogio a los señores, invitaron a tomar por la paz y la unión de los barinenses, ofreciendo cada uno su bandera al Jefe a quien se dirigía. El venerable General Blanco fue el primero que, con lágrimas en los ojos y voz conmovida, contestó a la Libertad; más que con palabras, con el abrazo fraternal a los demás invitados; allí se olvidaron los rencores y las disensiones; todos se abrazaban conmovidos, y los que entraron enemigos, salieron hermanos. Esto afirmó la unión que Codazzi había preparado fundando un pequeño teatro en donde se presentaban las señoritas y caballeros de ambos partidos. En Barinas no había diversiones, y aquella, gratis y dos veces por semana, fuera de los ensayos dirigidos por Codazzi y su hermana, eran a propósito para que cesaran las desavenencias que fomentaba un joven con sus habladurías.

tífica (1). A principios de 1847 la paz parecía restablecida de nuevo en el país: a instancias de Páez y contra el consejo de Codazzi, José Tadeo Monagas fue nombrado Presidente de la República el 23 de enero, y por su juiciosa elección de Ministros, pareció ofrecer garantías de la conservación de la paz.

En marzo de ese año Codazzi tuvo que volver a Tobar, porque la fundación que tan querida le era, se hallaba en peligro. Mostrábase abierta indignación contra los miembros de la colonia, que se hacían cada vez más inquietos bajo la corruptora influencia de los últimos desórdenes políticos. «Nosotros, alemanes, por largo tiempo residentes en Venezuela, dice una proclama, sabemos con sorpresa y mortificación que nuestros compatriotas de Tobar no corresponden a las justas esperanzas que se fundaban en ellos: una influencia evidentemente desmoralizadora se ha desarrollado allí; uno en pos de otro abandonan los colonos el lugar, descontentos o insolentes. Desórdenes diarios han obligado al Gobierno a nombrar un Jefe venezolano, que ha restablecido el orden, pero ha anulado el propio gobierno original de los colonos. La parte buena se hallaba satisfecha con su muy saludable morada; sus miembros alababan la bondad y el cariño del director Codazzi y su señora; nadie se ha quejado tampoco de Alejandro Benitz, representante de Codazzi, quien iguala a éste en bondad y excelencia de carácter. La mayor parte de los colonos poseían partidas de asnos, con ayuda de los cuales conducían sus productos a los mercados, no obstante haber llegado al país en absoluta pobreza; el único que había traído algún dinero, hallábase en circunstancias esencialmente cómodas como fabricante de carros. Los primeros cien árboles de café produjeron, según la opinión de los conocedores, el mejor grano del país: el fundo era considerado por todos los patriotas inteligentes como el principio de una gran colonización.» La llegada de Codazzi al lugar de la escena obró milagros; ya en marzo de 1847 un escrito de Caracas decía así: «La actitud de los colonos parece buena otra vez: los desertores han regresado; Theodor Braun, en La Guaira, miembro de la nueva *Sociedad de Caridad Alemana*, ha conseguido que el Gobierno suministre nuevos auxilios a la Colonia: el camino que conduce al mar está ya abierto, y todo hace esperar nueva prosperidad y progreso.»

Estas esperanzas no se cumplieron: Karstern, el fiel amigo de la Colonia, quien había regresado a Alemania poco

(1) Por ese tiempo escribió una obra que está inédita: *El arte de la guerra*.

(Nota de C. C. de C.).

tiempo después de la llegada de Codazzi a Tobar, cargado con excelentes diseños, colecciones y detallados trabajos botánicos, con muestras geológicas, restos de animales antediluvianos, petrificaciones y otros tesoros científicos, volvió a los trópicos a mediados de 1848, con la intención de consagrarles lo mejor de sus facultades. Viajó de Hamburgo a La Guaira, y de allí a Tobar; pero ya no halló la tierra y sus habitantes en las antiguas condiciones. Benitz sostenía aún con grande ansiedad el puesto de Director de la Colonia. Codazzi había tomado las armas; todo el país se hallaba en confusión (1).

V

TRASLADO A BOGOTA

El Congreso de Venezuela fue disuelto por medio de la fuerza armada y por orden del Presidente Monagas, el 24 de enero de 1848; algunos congresistas fueron muertos (entre éstos figura Santos Michelena) y muchos heridos. Este solo golpe demolió cuanto se había alcanzado en los últimos años a costa de tanto trabajo: este acto de violencia mostró de repente la condición real de un pueblo que aún no se hallaba en sazón para tener Gobierno propio; todo mundo fue testigo de cómo los pocos buenos elementos que se habían salvado de la sangrienta y codiciosa guerra fueron destruidos por un extravagante movimiento de partido que no tenía consideración alguna por el verdadero bienestar de la Nación. Codazzi no podía ciertamente prever semejante golpe de Estado como el que Monagas, su enemigo personal, tuvo el atrevimiento de dar; pero por largo tiempo había temido una repentina catástrofe, y era también personal. Los pasos dados para quitarlo del puesto de Gobernador eran inútiles, porque no habían podido hallar ocasión para intentar medidas constitucionales contra él; pero el odio de Monagas y de su Ministro de Guerra, Francisco Mejía, había ensayado otros medios en su contra. José Ignacio Pulido había sido nombrado Comandante Militar de Barinas desde mediados de 1847, de manera que apenas parecía quedar lugar para el mando civil de Codazzi. Con toda la previsión posible, el rompimiento era inevitable; en hora avanzada de la noche del 21 de febrero de 1848, Codazzi se presentó delante de su oponente, resuel-

(1) La Colonia sufrió, como todo el país, las consecuencias de la guerra, pero aún existe; en un viaje que hizo la señora viuda de Codazzi, le compraron su casa en aquel lugar, que, si no tan floreciente como hubiera sido sin las guerras, ha prosperado: hay industrias y cultura—(Nota de C. C. de C.).

to y preparado para la partida. Pulido trató de inducirlo a que permaneciese: «No, camarada, fue la respuesta; mi posición aquí es ahora muy difícil; la presencia de usted impide el levantamiento de desórdenes internos; mañana toma usted posesión del Gobierno civil; nombra un nuevo Gobernador en mi lugar, y entonces todo seguirá adelante sin derramamiento de sangre: de otro modo, nó.» Esa noche se fue Codazzi para Trujillo, con el objeto de seguir a Maracaibo. Dio la orden a su familia de tomar la vía de Cúcuta al día siguiente, y seguir a Bogotá (1). Pocos días antes había dado Páez desde Calabozo una proclama para atacar al Presidente traidor, haciendo inmediatamente esfuerzos para reunir fuerzas militares en favor del partido constitucional, cuyo triunfo no ponía él en duda. Codazzi se unió a su causa inmediatamente, y se apresuró a llegar a Maracaibo, aquella comercial ciudad que se mantenía en constante comunicación con las naciones extranjeras. Allí nació su séptimo hijo, el 27 de abril. Durante esta campaña recibió Codazzi de Bogotá un significativo documento que lo conmovió extraordinariamente. Le fue enviado por un antiguo conocido, a instancias de Joaquín Acosta, por Mosquera, actual Presidente de Nueva Granada. Como tercer sucesor de Santander, desarrollaba grandes proyectos en bien de su patria, impracticables, pero todos bien intencionados. En aquella República vecina de Venezuela, cu-

(1) Al día siguiente de la partida, Codazzi, su esposa, su hermana, anciana ya, cinco niños, pues el menor había muerto; su servidumbre, en la que se contaban cuatro, emprendieron el penoso viaje, llevando lo más preciso y lo más precioso: los papeles y libros de Codazzi, y lo que tenían de algún valor; la casa con todos los muebles se le dejó a la esposa de Páez. Los sufrimientos y peligros durante el viaje son largos de referir. Arteaga, enemigo personal de Codazzi, los tuvo presos en Bailadores; con un ingenioso ardid consiguió aquella varonil señora un pasaporte para Mérida; los acompañó un piquete de veinticinco soldados la primera jornada; ella dirigió la marcha al Zulia, dejando a Mérida a un lado, con un invierno crudísimo: mil veces expusieron la vida; se embarcaron en el lago y llegaron de noche a Maracaibo; a los veinte días siguieron a Codazzi al Castillo de San Carlos, que estaba fortificando; se embarcaron con él en la escuadra que se iba a batir en el mar de las Antillas. Pero varias familias habían seguido la suerte de sus allegados, y tuvieron que desembarcarlas en diversas islas de las Antillas; a la de Codazzi le tocó la de Aruba, isla holandesa, no lejos de Curazao. La esposa de Codazzi, valerosa y activa, sostuvo a su familia con ayuda de sus criados, durante siete meses; vino a reunirse con su marido en Honda, adonde salió a recibirla; entraron a Bogotá el mismo día que el General López, quien venía a hacerse cargo de la Presidencia. Ya Codazzi había hecho el contrato para levantar las cartas de la República, y regentaba el Colegio Militar con el Coronel Santiago Frahsler. Marzo de 1849.

(Nota de C. C. de C.).

yas fronteras hubieron de ser tocadas necesariamente, en algún punto de las soledades, por la anterior Gobernación de Codazzi, las condiciones públicas parecían mejorar lentamente desde la dura guerra de 1839. Allí, después de la separación de Márquez, las condiciones de paz, ganadas con tanta dificultad, parecían afirmarse; la Constitución de 10 de abril de 1843 había aumentado materialmente el poder del Supremo Gobierno; la Presidencia de Herrán, durante la cual se dictó la nueva ley fundamental, había facilitado el camino para toda clase de adelantos útiles, calmando al mismo tiempo las pasiones de partido. Mosquera, sucesor de su yerno en la silla presidencial de 1845, tenía la imaginación llena de las más halagüeñas esperanzas para su patria; ya en aquel casi olvidado y desgraciadísimo año de revolución, este hombre, que siempre estaba proyectando algo nuevo, había conseguido interesar al Congreso de la Nueva Granada en la mensura del país, tal como la que acababa de terminarse en Venezuela; y también en la publicación de una grande obra de Geografía, semejante a la que se estaba ejecutando en Venezuela; esta obra, que no podía compilarse hasta que los trabajos de mensura no hubiesen terminado de la mejor manera posible, debía emprenderse desde el principio de esta nueva empresa. Como Páez, Mosquera había sentido ya la necesidad de mapas en la lucha con los españoles; se habían desarrollado gradualmente intereses que no tenían analogía con los de Venezuela. Un pedazo casi desconocido de Nueva Granada había llamado la atención del mundo entero; tal era el Istmo de Panamá, que durante largo tiempo había sido considerado de tal importancia, que su pintura había hallado campo propio en el escudo de la Nueva Granada. Desde el principio del movimiento de independencia, numerosos proyectos se habían formulado respecto a una gran vía por agua o por tierra, al través de aquella barrera. Mosquera sabía que ya Bolívar había tratado de esto con Humboldt, quien insistió en una clara mensura del Istmo como la primera condición. Humboldt, ocupado en su descripción de Venezuela, había recibido de Bolívar numerosos materiales, tales como documentos públicos y resúmenes estadísticos, y le gustaba tratar en aquel tiempo de la cuestión del Istmo; en esas disertaciones ponderaba el hecho de que por muchos años había estado considerando los medios de comunicación entre los dos Océanos; tanto en escritos impresos como en diferentes memoriales había demostrado la urgencia de una investigación hipsométrica de toda la longitud del Istmo, especialmente en la parte en que se une con la tierra firme de Sur América, en la región del Darién y en la inhospitalaria antigua Provincia de Buriticá; allí, donde entre el Atrato y la bahía de Cupica y el litoral del mar

del Sur, casi desaparece la cadena montañosa del Istmo; no era necesario practicar trabajos en la dirección del meridiano entre Portobelo y Panamá, o al occidente de éste, hacia el Chagres y Cruces; en aquel tiempo permanecían aun inexplorados los puntos más importantes del oriente y del sur del Istmo en las costas de ambos mares; este simple proyecto, el único que él había podido dar, no se había seguido nunca.

En vista de la importancia que aquel asunto tenía para el tráfico universal, no debía permanecer, como hasta entonces, estacionado en estrecho círculo; una grande obra, comprendiendo todo el Istmo oriental, era igualmente útil para toda clase de adelantos posibles; para la construcción de un canal o de un ferrocarril; era lo único que podía resolver positiva o negativamente el tan discutido problema. Tan vastos puntos de vista le interesaban a Mosquera; él sabía que los esfuerzos de Domingo López, el primero a quien entusiasmó Bolívar, habían sido tan infructuosos como los que el Libertador había confiado a dos extranjeros de su séquito: John A. Lloid, inglés, y Talmark, sueco; pero los informes publicados en Europa animaron a otras personas emprendedoras a hacer nuevas tentativas: Charles Thierry había obtenido en Bogotá, el 21 de mayo de 1835, un privilegio en el Istmo, por medio del cual se había despertado la atención de los norteamericanos. Ya el 6 de junio de 1836 dos Delegados de Washington, Charles Biddle y George Gibbon, habían cerrado un contrato con el Gobierno de la Nueva Granada respecto a un ferrocarril istmeño. Tales acontecimientos mostraban de nuevo claramente la necesidad de dibujos topográficos semejantes a los descritos en la Ley de 15 de mayo de 1839, relativa a la mensura del país. Mosquera, que en aquel tiempo pertenecía al Gabinete presidencial, había esperado que Codazzi emprendiera una tarea semejante en Nueva Granada tan pronto como hubiese terminado sus trabajos en Venezuela. Cuando se desbarató tal proyecto, la idea se relegó por largo tiempo al olvido en Bogotá, pero en el Exterior aumentaban de día en día los proyectos relativos al Istmo, especialmente después de que las condiciones generales para un privilegio istmeño se fijaron el 1º de julio de 1842, por ley de Nueva Granada, y se pusieron públicamente en manos de quienes hacían mejores proposiciones. Ilustrados europeos se habían dedicado con ardor al estudio de aquel proyecto, especialmente los geógrafos y teóricos y economistas políticos; técnicos y financistas hacían investigaciones; una Compañía de París, por ejemplo, había hecho examinar por el ingeniero Napoleón Garella diferentes pasos montañosos entre las bahías Limón y Panamá. Todos

estos intentos habían resultado inútiles; pero poco antes de que Mosquera hubiese escrito por primera vez a Codazzi, Matthias Klein, representante en Bogotá de una nueva Compañía parisiense, había obtenido el privilegio para una vía en el Istmo. Aún más dignas de atención que el interés francés eran las medidas positivas tomadas inmediatamente por los Estados Unidos, cuyo Embajador, B. A. Bidlak, había ajustado en Bogotá un tratado político con Mosquera, el cual fue ratificado el 12 de diciembre de 1846, y contenía una estipulación muy importante relativa al Istmo; la República de Nueva Granada aseguraba a los norteamericanos libre derecho de tránsito por el Istmo; y los Estados Unidos le garantizaban en cambio no solamente la completa neutralidad del Istmo, hasta el punto de que el libre paso de un mar a otro no fuese nunca interrumpido, sino también «la soberanía y propiedad del mismo.» Los americanos se apoderaron inmediatamente de la oferta publicada en Bogotá, y sus triunfantes energías hicieron esperar en la rápida conclusión de una gran vía comercial entre los dos mares. Mosquera honró estos procedimientos; pero no enteramente con regocijo, sino también con aprensión. Si la República de la Nueva Granada, al llevar a cabo obra tan grande, pudiese de alguna manera equivocarse en juicio o en hecho, debería tener por lo menos a su disposición un hombre como el altamente estimado geógrafo de Venezuela, quien podría cooperar con los representantes de intereses extranjeros. Codazzi tenía ideas graves respecto a las probabilidades de esta clase; ya en Maracaibo había pensado en los planes de Mosquera, y declaró imparcialmente que toda cooperación con extranjeros era imposible. «Así como las condiciones climatéricas son diferentes de las nuestras en los países europeos y norteamericanos, también son exactamente las opiniones y costumbres de los pocos habitantes de nuestras casi salvajes regiones, diferentes de la cultura de la numerosa y aglomerada población de esos países civilizados que disfrutan de las ventajas de amplia educación popular y de completos estudios profesionales. Entre nosotros las pequeñas poblaciones de casas aisladas se hallan esparcidas y separadas por grandes distancias; allá, la masa de la población abunda en luces, fuerza y riqueza, mientras que nuestro aislamiento nos mantiene en la oscuridad, sin fuerzas ni medios suficientes; allá, hasta cierto punto, una ciudad populosa es vecina de otra; allá, la experiencia de siglos ayuda a obtener los mejores resultados posibles en todos los ramos; aquí, nuestros primeros pasos pueden fácilmente dar por resultado fracasos, que solamente más tarde nos conducirán de nuevo por el buen camino. El hacer presentes estos paralelos es suficiente para demostrar que toda comparación entre las vie-

jas poderosas naciones y los pueblos de Sur América, actualmente en su infancia, es inadecuada, y que trabajos en conexión con extranjeros son imposibles para nosotros.» La idea de tener que trabajar con ingenieros y agrimensores extranjeros le era intolerable a Codazzi; de ninguna manera confundía él la diferencia entre inteligencia y energía. Sin embargo no declinó la comisión de Mosquera, sino que más bien le pidió tiempo para considerarla, informándole de la difícil posición en que se hallaba en aquellos momentos. Mosquera comprendió esta consideración, y el 3 de julio de 1848 le nombró Profesor de la Escuela Militar Superior de Bogotá, con el objeto de atraérselo cada vez más; pero Codazzi, después de haber puesto a su familia en salvo en Aruba, volvió a unirse con Páez, su jefe de muchos años, para seguir la lucha contra la dictadura de Monagas.

Ya era demasiado tarde; el veterano primer Presidente de Venezuela se hallaba todavía sin séquito, a pesar del llamamiento a las armas que había hecho, y aun se vio obligado a salir por Ocaña y Santa Marta a Riohacha, huyendo al otro lado del mar. Entonces se resolvió Codazzi. Siguió los pasos de Páez hasta las fronteras de Nueva Granada, llegando a Cúcuta el 13 de enero de 1849; pero no hallando a su compañero de armas, se apresuró a dirigirse a Bogotá, para ponerse a las órdenes de Mosquera. Cuando Codazzi entró a la capital de Nueva Granada por tercera vez, hallábase más pobre que nunca. Con su esposa e hijos en otro país; con su colonia casi arruinada; con sus propiedades raíces abandonadas; con el porvenir incierto. En estas circunstancias, y contrario al resultado de sus visitas anteriores, Bogotá se le presentó bajo un aspecto atractivo. La ciudad había progresado en muchos sentidos: en su plaza principal se veía la nueva estatua de Bolívar, obra del mismo Tenerani con quien Codazzi había tratado pocos años antes, y sin resultado, lo relativo al monumento decretado para Caracas, y regalo de José Ignacio París, especial amigo del Presidente Libertador. Mosquera había hecho demoler los últimos restos del palacio de los Virreyes, para hacer lugar a otros edificios públicos; en el costado sur de aquella plaza se había puesto la primera piedra para un capitolio, edificio que debía construirse por el modelo del de Washington, bajo la dirección de Tomás Reed. Como éste, había otros forasteros a la sombra protectora de Mosquera, tales como el ingeniero Stanislaus Stawasky, el matemático Miguel Bracho, el químico José Evoli y el naturalista Jean Levy. El periodismo y la impresión de libros habían adelantado considerablemente, gracias a Manuel Ancízar, quien regresaba de Europa; hombre que tenía grande aprecio por las cualidades de Codazzi, de quien se

había hecho amigo en Valencia; tenía educación europea, inteligente en literatura, de carácter verdaderamente noble. Otra persona de gran inteligencia era Joaquín Acosta; no solamente como amigo magnánimo de las ciencias y de la educación, que con mano liberal suministraba regalos y premios, sino también como hombre estudioso: había sido amigo en París de Boussingault y de Roulin, y había escrito una historia del origen y desarrollo de Nueva Granada; publicaba entonces varios escritos de Caldas y traducciones de varias publicaciones de aquellos dos franceses, relativas a Nueva Granada; él había dibujado varios mapas, uno de ellos abarcaba toda la República, que fue publicado en París en 1847, y mereció la aprobación de un crítico como Yumand; también un mapa de fronteras de Nueva Granada y Brasil, y otro del curso del río Atrato, siendo solamente importantes preliminares para una obra de mayor magnitud. Codazzi había conocido al señor Acosta en Caracas, donde en 1845 había tratado frecuente pero también inútilmente con él, como Embajador de Nueva Granada, las cuestiones de límites. Otra figura interesante en Bogotá era el anciano ciego Manuel María Quijano, doctor y químico, quien desde su intimidad con Caldas, y tan pronto como ajenas circunstancias se lo permitieron, había sido un activo escritor; él había escrito sobre el dividi y otras maderas de tinte; sobre los cultivos del gusano de seda y del tabaco; sobre las fuentes minerales de Quetame; sobre la elefancia y el cólera; hacía diez años que había perdido la vista haciendo experimentos en la mezcla del oro y la plata; había permanecido bastante tiempo en Popayán, su ciudad natal, por lo que conocía perfectamente la región, así como las de Neiva y Cali; recibió a Codazzi con la mayor bondad.

De los hombres ilustrados de la Academia de Zea no quedaba ninguno. Lo mismo que Boussingault y Roulin, Ribero había regresado a su país hacía ya largo tiempo; desde entonces, y en asocio de J. J. von Tschudt, había publicado una extensa y científica obra sobre el Perú; Justin Marie Goudot había muerto en la miseria en Honda; Bourdon vivía en Bogotá, pero perdido y olvidado.

El apoyo principal de Codazzi era, por supuesto, Mosquera, quien lo recibió muy cordialmente, y se alegró tanto más de la llegada del fugitivo, cuanto que inmediatamente después se recibieron de Washington portentosas noticias de grande significación, que daban a la presencia de un ingeniero y agrimensor especial importancia. Después de que el privilegio de Klein fue adquirido por la Compañía organizada en Nueva York para la construcción de una vía en Panamá, y que en conexión con esto, un

tratado había sido concluído el 28 de diciembre de 1848 por los representantes de Mosquera con los Estados Unidos, la vía de conexión entre Chagres y Panamá se emprendió inmediatamente por manos diligentes. Todo era allí actividad; desde la mágica noticia de la nueva tierra de oro en California, gentes de las nacionalidades más diferentes habían pasado como locas por este Istmo tan tranquilo antes. Llegaban allí hombres técnicos, enérgicos americanos, bajo la dirección de George W. Hghes. La noticia de que J. L. Baldwin había hallado un paso a través del Istmo, adecuado para el ferrocarril, despertó el mayor entusiasmo en Bogotá, y se dijo que George M. Totten, de Nueva York, y John C. Trawtine, de Filadelfia, dos habilísimos ingenieros, habían sido retirados del canal de Cartagena, obra muy importante para el interior de Nueva Granada, con el objeto de emplearlos inmediatamente en la construcción de aquella vía panameña. En tales circunstancias la llegada de Codazzi era una especial buena fortuna. Mosquera le ofreció al momento el empleo de Inspector de la Escuela Militar, fundada recientemente en los laboratorios y salas de botánica que habían organizado Mutis y Caldas (en el edificio que ocupan hoy las monjas de La Enseñanza).

El 10 de febrero de 1849 presentó Codazzi a su superior un memorial respecto a la organización de este nuevo instituto que debía habilitar no solamente oficiales militares, sino ingenieros civiles. «Sus primeros trabajos deben ser la mensura de los terrenos de los particulares, deslindados para evitarles pleitos; el valor de estas mensuras debe regularse por una ley a un precio módico, según la calidad del terreno; pagando solamente el propietario, por ejemplo, cinco por ciento anual hasta amortizar la cantidad, etc.» «Una copia del plano quedará en poder del interesado y otra en el del Gobierno. Desde que estuvieran conocidos y mensurados los terrenos de los particulares, claro está que estarían deslindados los terrenos baldíos de la Nación sin ningún costo, etc.» «Los discípulos del Colegio Militar deben además tomar parte activa en la construcción de caminos, canales, ferrocarriles y otras obras públicas, tales como colonización. Ellos deberán formar el elemento más importante de la Guardia Nacional, formando un cuerpo de oficiales; a ésta deben pertenecer todos los hombres capaces de llevar las armas, solteros y que hayan cumplido diez y ocho años. Para acostumbrarlos a reunirse en sus parroquias los domingos, adoptaría el sistema de instrucción gimnástica; sea para subir y bajar cerros, salvar fosos, nadar, etc.; apuestas a caballo con silla o sin ella, montar sin estribos, sea a pie firme, al trote o al galope; tiro al blanco, manejo de la lanza, etc. A los vencedores se les daría

un pequeño regalo como premio de su agilidad, buena puntería, etc. La artillería debe ser especial para la guerra en las montañas. Cañones de bronce, cortos, de a cuatro; obuses de cinco pulgadas, que no pasen de ocho a nueve arrobas, para cargar la pieza en una mula, la cureña en otra, las cajas de municiones en otra. Sus puntos estratégicos principales serán: Cartagena, para la costa; Panamá, para el Istmo; Pasto y Popayán, para el Sur; Pamplona y Casanare, para el Norte, y Bogotá, para el Centro. La hermosa llanura de Bogotá debería tener artillería volante, aun más ligera que la europea, porque debería ser de los indicados calibres y dimensiones. Bajo la dirección e instrucción del Colegio Militar de Bogotá se disciplinará un ejército del pueblo que sea una garantía en cualquiera condición del país » (1).

El 22 de febrero de 1849, de acuerdo con esta opinión, Codazzi fue nombrado, por Decreto del Congreso de la Nueva Granada, Teniente Coronel del Cuerpo de Ingenieros, esto es, en el mismo rango que ocupaba cuando la desorganización de la República de Colombia. Entonces tuvo que hacer inmediatos preparativos para la mensura de la Nueva Granada, sin consideración de los asuntos del Istmo, para que tal empresa pudiera empezar antes de que terminase el período presidencial de Mosquera: así pues, procedió sin dilación.

« Como Presidente de Nueva Granada —dice Mosquera— nombré a Codazzi para construir los mapas proyectados entonces, de la República y sus Provincias. Con tal objeto hice reunir toda clase de datos que pudieran obtenerse en el país, y apoderé al Embajador en Londres para que comprase a los herederos del ingeniero español Felipe Bauzá todos los mapas y planos en poder de la familia, relativos al antiguo Virreinato de Santafé, provenientes del archivo hidrográfico español. Apenas llegó Codazzi, lo comisioné para reunir estos dibujos en un mapa general del país que pudiese servir más tarde como base para una expedición corográfica. Aun antes de terminar mi presidencia me entregó Codazzi esta obra, a la cual hice yo varias correcciones para que pudiese servir como base del dibujo topográfico y como principio de la cartografía. »

Codazzi naturalmente no podía atribuir valor alguno a la combinación de materiales tan diversos para los mapas; él creyó, como Caldas, que los de algún valor perdían mucho con la unión de los insignificantes. Era absolutamente

(1) *Gaceta Oficial* de 25 de febrero de 1849. No se copia todo.

(Nota de C. C. de C.).

imposible combinar mapas especiales de Caldas y Roulin, mapas generales por Restrepo y Acosta, y mapas marítimos de Fidalgo y Bauzá; por ejemplo: las obras de este último fueron las únicas que interesaron a Codazzi en lo referente a las costas del Istmo. El creyó deber complacer en todo a Mosquera, quien aportaba a la grande empresa, a falta de completos conocimientos sobre la materia, por lo menos energía y determinación. Además de estos preparativos, Codazzi desarrolló un programa completo y claro para la obra geográfica. Tomó por modelo para la cartografía un mapa de la Nueva Granada, con una serie de ilustraciones, así como un atlas de 52 mapas: semejante número parecía necesario, porque Mosquera insistía en que cada una de las treinta y seis Provincias tuviese su mapa, mientras que Codazzi hubiera querido agrupar las Provincias de acuerdo con los antiguos Departamentos. La descripción del país debía de superar a la de Venezuela; las Provincias debían ser tratadas como en ésta, pero en forma tabular y con adiciones respecto a vías y distancias; la parte general debía también ser dividida como la de Venezuela, de acuerdo con los caracteres físicos y políticos; pero como apéndice proyectaba no solamente un mapa-mundi con las rutas seguidas por los descubridores y pobladores de América; lo mismo que un mapa de las costas con memorándum de los caseríos de los indios, atribuibles al período del descubrimiento, sino también un resumen físico y político de toda Sur América. Haría tres dibujos geológicos de los períodos primario, secundario y terciario; dos hidrográficos, uno de los cuales debería representar el antiguo lago de las montañas y otras aguas que habían desaparecido, y el otro, el actual sistema de corrientes. Codazzi deseaba dar también tres cuadros hidrográficos más extensos, así como un dibujo de la zona agrícola, la zona de llanuras y la de montañas; a esto se agregarían planos de las tierras de propiedad nacional; de las regiones de quininas; de los lagos existentes; de la parte navegable de los ríos; de las principales cadenas de montañas; de las ciudades y lugares más importantes; informes relativos a temperatura, clima y corriente de aires; regiones de lluvias; labores referentes a industrias nacionales y comercio extranjero; las variedades de maderas y otros productos naturales importantes en las manufacturas; el mundo animal dividido según los climas, así como el mineral. Finalmente, según la analogía con el atlas venezolano, muchos cuadros históricos se agregarían, lo mismo que mapas de los países limítrofes con la Nueva Granada, Ecuador y Venezuela. Para demostrar la posibilidad de la obra presupuesta, Codazzi presentó no solamente sus trabajos geográficos relativos a Venezuela, sino también los diseños especiales y las

descripciones que él había completado durante su permanencia en la Provincia de Barinas. Codazzi no se arredra- ba ante tan grandiosa empresa; pero sabía cuánto más difícil sería completar la mensura de la Nueva Granada que la de Venezuela. Las dificultades principiaron inmediata- mente con los instrumentos más esenciales, y aun con los preparativos científicos preliminares. El Colegio Militar contaba con unos pocos instrumentos de calidad inferior; unos viejos y otros defectuosos; de los mapas publicados por Humboldt, de acuerdo con observaciones astronómicas, casi todos referentes a Venezuela, no había allí ni uno solo. La misma naturaleza del país ofrecía las mayores dificulta- des: imposibilidad de navegación por la mayor parte de los ríos que cortan masas montañosas o corren por angos- tas gargantas de pendientes laderas; diferencias climatéri- cas entre las heladas mesetas de las alturas y las ardientes llanuras de las tierras bajas; falta de pasos al través del Istmo y de la Sierra Nevada en el mar Caribe, dos regiones casi desconocidas, pero de suma importancia; con las gi- gantescas florestas y llanuras que descienden hacia el Ori- noco y el Amazonas, compite la colosal masa de montañas de la que se desprenden los tres ramales de la Nueva Gra- nada, cuya estructura ofrece algo más que dificultades; a todo esto se agregaba una población de algo más de 2.100,000 en los distritos. Mosquera hizo cuanto pudo para disipar las dudas de Codazzi: convino gustoso en el comprensible proyecto, y puso todo empeño para asegurar su cumpli- miento.

El 1º de abril de 1849 tuvieron lugar las elecciones para Presidente, las cuales colocaron a la cabeza del país a José Hilario López, representante del partido liberal, al cual no pertenecía Mosquera, aunque había abandonado desde ha- cía tiempo casi todas las tendencias conservadoras. Como Jefe de un partido que hasta entonces había estado siempre en minoría, López luchó por varios cambios en la Constitu- ción y en las leyes fundamentales. Se rodeó casi exclusiva- mente de hombres deseosos de innovaciones, como Manuel Murillo, Ezequiel Rojas, Tomás Herrera, Victoriano de D. Paredes; mas aceptó sin cambio, y gustoso, la herencia de Mosquera respecto a Codazzi, apoyando con tanta acti- vidad el proyecto de mensura, que ya el 29 de mayo fue ley de la República, y en tal virtud Codazzi, con los discí- pulos del Colegio Militar, principió un trabajo interesante para toda la población de Bogotá: el dibujo topográfico de la capital y sus alrededores. Esta mensura lo hizo inmedia- tamente simpático y bienvenido en los círculos principa- les, hasta el punto de suavizar mucho la ausencia de su pa- tria adoptiva y de hacer que se sintiese con más comodidad

en la ciudad extranjera, pero al mismo tiempo veía con sentimiento que le era imposible pensar siquiera en regresar a Venezuela. Páez había intentado desde Curazao un ataque contra Monagas; pero el 15 de agosto de 1849 se había visto obligado a capitular, y esto en tales condiciones, que el destierro le pareció un feliz cambio del destino (1). Entonces, como para que su separación del país de su elección le fuera menos difícil y dolorosa, Codazzi tuvo noticias de Valencia informándolo de que ejemplares de sus mapas se habían distribuido en Caracas, como paga, entre quienes habían sostenido el golpe de Estado de Monagas, y que sus trabajos del Orinoco se consideraban de tan poco valor, a causa de la cuestión de linderos, que habían resuelto nuevas exploraciones, principiando por los deltas, por Eusebio Level de Goda, cumanés, conocido de Codazzi y completamente inexperto; entonces Codazzi perdió todo interés que pudiera ligarlo a Venezuela, y sólo se preocupó de obtener las condiciones indispensables para la mensura de Nueva Granada. Victoriano de D. Paredes le hacía activas insinuaciones; pero los arreglos se prolongaron mucho, y el contrato fue terminado el 20 de diciembre (se firmó el 1º de enero de 1850. Nota de C. C.). Toda la obra geográfica, la cartográfica, la descriptiva y la estadística, debían terminarse en seis años; Codazzi haría sus gastos de viaje y recibiría un sueldo anual de \$3,000; éste debería pagársele anticipadamente, siempre que él suministrase convenientemente seguridad para el cumplimiento del contrato; el Gobierno le suministraría solamente un escribiente, algunos instrumentos y libros; por otra parte, debía llevar estudiantes que lo merecieran, e instruirlos en agrimensura. Los trabajos debían comprender todo el dominio de la República, exceptuando el territorio del Caquetá, que sólo debía seguirse hasta donde llegaran los poblados. En la misma fecha se firmó un arreglo con Manuel Ancízar, quien debía acompañar a Codazzi como estadista y narrador de los viajes: «a él se le exigía especialmente una memoria de la extensión, de la educación, del comercio y de la industria, de la propiedad, de la población y de la criminalidad.»

«El artículo 2º de la Ley de 29 de mayo de 1849 estipuló explícitamente que se darían órdenes y poderes convenientes para que la obra de mensura pudiese también abrazar todos aquellos puntos y objetos necesarios para una des-

(1) Tenemos copia de la carta que Páez escribió a Monagas cuando éste mandó asesinar al Congreso. Páez y Codazzi, leales y nobles, no podían ni debían seguir las banderas del Presidente traidor; recuérdese que desde 1830 quiso atraer a Codazzi a su partido; como no lograra nunca reducirlo con ofertas, lo detestaba.

(Nota de C. de C.).

cripción completa de la Nueva Granada, especialmente los productos y recursos naturales del país,» y como los diseños parecían indispensables para tal objeto, la Comisión fue asistida por aquel Carmelo Fernández que había sido empleado para la obra de Venezuela; fugitivo de su patria como Codazzi, debería ir como dibujante, pues se abrigaba la esperanza de poder presentar al mundo ilustrado las múltiples y grandes bellezas del casi desconocido país, por medio de ilustraciones en la obra de geografía. Por último, la Comisión debería también tener en cuenta «el valor médico e industrial de las plantas»; para esto propuso Fernández al hijo de un estimado institutor de Bogotá, José Jerónimo Triana, muy joven, pero que sus conocimientos botánicos se derivaban del último resto de la escuela de Mutis; del dibujante de plantas Francisco Javier Matiz. Así pues, Codazzi, que en Venezuela tuvo que atender a todos los ramos, en Nueva Granada halló asociados con quienes tenía que obrar de acuerdo. Inmediatamente después de terminar el arreglo, que decidió de la futura vida de Codazzi, trasladó su familia del Colegio Militar a una casita en la misma Calle de la Carrera, felices de haber dejado a Aruba y de estar al fin reunidos. Codazzi se sentía dichoso en su nuevo campo de acción.

VI

PRIMER VIAJE DE MENSURA EN NUEVA GRANADA

« En la mañana del 3 de enero de 1850—escribe Ancizar—lós primeros rayos del sol esparcían rica luz sobre Bogotá y las llanuras que se extienden ante la ciudad de los Andes; tenues vapores se levantaban del pie de la vecina cadena de montañas, elevándose lentamente hasta las majestuosas cumbres de Monserrate y Guadalupe, que arrojaban sus sombras sobre el terreno a sus pies, cuya opacidad contrastaba con la brillante luz que doraba las crestas de la parte alta; el aire puro y fresco despertaba en todo mi sér, en mi espíritu y mi cuerpo, un indescriptible sentimiento de bienestar; estaba perfumado con la fragancia de los arbustos que cubren las pendientes de los cerros: rosas, campánulas azules y los chaparros silvestres que crecen en lo profundo de los valles y a la vera de los caminos; suave brisa mecía los delgados sauces a lo largo del camino, por entre los cuales se veían las praderas de esmeralda adornadas de flores, y los magníficos rebaños de ganados que mordían el espléndido pasto, aún brillante de rocío. Hallábame absorto en esta contemplación, cuando oí a mi espalda el resoplido de un caballo que se acercaba a galope y el so-

nido de las grandes espuelas usadas en aquel país, repitiéndose al golpeo contra los estribos metálicos. Mi compañero de viaje, Teniente Coronel Codazzi, cabalgaba detrás de mí. Al emparejar conmigo cerró su memorándum, en el cual, sin disminuir la marcha, había escrito sus notas. Seguimos más despacio con el objeto de que no se nos escapase nada digno de anotarse; siguiendo así, hasta que por la noche llegamos a la posada de Cuatroesquinas, que se halla al otro lado del puente construido bajo el Virrey Ezpeleta. Cuando nos hallamos dentro de la tienda, Codazzi dijo con frialdad filosófica: "Teniendo un techo que nos proteja de las lluvias y una pared que nos libre de los vientos fríos, no podemos quejarnos de nada en lo tocante a posada; el mueblaje de la casa y su limpieza son cosas secundarias, porque "de noche todos los gatos son pardos." El experimentado viajero no tardó en acostarse para descansar, y mientras yo examinaba el puente y copiaba sus inscripciones, mi camarada se había acomodado sobre el sudadero de su silla, usando sus zamarros como cabecera, y no siendo éstos suficientes, había agregado los aperos de cabeza, colocando la suya cuidadosamente entre las férreas patas del freno, enteramente determinado a dormir. Yo hice la misma resolución sin lograr mi propósito en largo tiempo.»

Tal fue la introducción de Codazzi en la gran expedición de mensura que debía llevarlo inmediatamente dentro de las Provincias que se hallan hacia el norte de Bogotá, y también a una región que ya Codazzi había atravesado en parte en sus dos viajes anteriores: la marcha con Bolívar y la huída de Monagas. Desde los puntos principales del camino establecido debían hacerse excursiones a derecha e izquierda; pero se empezaría por un viaje de inspección con el objeto de formarse idea de la configuración de todo el terreno, y no como el verdadero comienzo de toda la obra, de manera que las partes más difíciles pudieran dejarse para el año siguiente. Los viajeros, sin embargo, hallaron todo a su alrededor desde distinto punto de vista que en ocasiones anteriores, y se pusieron enérgicamente a la obra, midiendo, dibujando y coleccionando. En las inmediaciones de Ubaté aparece el brillante manto de agua de la laguna de Fúquene, la cual, según la opinión general, se supone ser el resto de un lago mayor de agua dulce, mencionado aun en crónicas antiguas. El carácter de este elevado panorama montañoso parecía confirmar la tradición, cuya falta de fundamento se evidencia por las capas del suelo gredoso y los cantos rodados de todo el fondo del valle; por las formas orgánicas que aún pueden hallarse en el piso actual o en los bancos aparentes, formas que indican vida

marina; por elementos geognósticos que ni Codazzi, ni Ancizar, ni ninguno de la Comisión pudo apreciar; pero podía deducirse con seguridad que el cataclismo cuyas huellas se ven, había tenido lugar mucho antes de la época del hombre, y solamente la forma del panorama había dado lugar a leyendas geognósticas sin fundamento científico.

El 13 de enero alcanzó la Comisión a Chiquinquirá, lugar de romerías, famoso por su Madre de Dios, a quien ricos y pobres, viejos y jóvenes, ilustrados e ignorantes, habían ofrecido peregrinaciones durante siglos, en los tiempos de Mutis como en los de Bolívar. De este lugar comercial, adelantado por causa del contacto con gentes forasteras, se hicieron varias excursiones, especialmente a las dos gigantescas moles de granito de Fura y Tena, que quieren decir hombre y mujer, y que dicen fueron adoratorios de los indios, y la tradición popular las ha rodeado con auréola de misterio, y que habían sido descritas recientemente por Manuel María Zaldúa, conocedor de la región. Después se dirigieron por el valle del río Suárez, pasando por una de las antigüedades más conocidas de Nueva Granada, la enorme roca cerca de Saboyá, pintada con jeroglíficos que semejan letras, cuyo significado permanece dudoso, pero parece relacionarse con aquel tiempo de la supuesta convulsión de la tierra, cuando las agitadas aguas de los lagos andinos se dice que forzaron su paso, y las hondas aguas se cambiaron en secas llanuras. Naturalmente se pensó que los muiscas, que anteriormente se habían elevado tanto, habían dedicado aquel monumento al gran acontecimiento del cual habían sido testigos. Codazzi no tenía entonces idea de que había gran número de inscripciones semejantes en los peñascos de los Andes; tampoco sabía que se aproximaba a la región de las más importantes antigüedades de las cadenas de montañas de la Nueva Granada. No había oído decir que cinco años antes, y en la hoya de aquel río Suárez, se habían descubierto unas tumbas en roca calcárea, con momias vestidas, armas y utensilios domésticos, siendo el descubrimiento arqueológico más importante que se había hecho en esa región montañosa, aunque desgraciadamente permanecía casi inútil. En seguida establecieron su campamento en el punto de partida del antiguo camino de Carare u Opón al Magdalena, por la reapertura del cual había abogado en vano durante muchos años el ya nombrado Zaldúa. Guiados por José Landázuri, se internaron por la inhospitalaria región montañosa del Carare hasta un caserío de indios donde principiaba a divisarse el valle. Codazzi y Ancizar pagaron esta empresa con una enfermedad que les duró casi tres semanas, y que sufrieron en Vélez, en casa de José Gooding. El 5 de febrero se hallaban en el So-

corro, desde donde emprendieron un viaje de un mes entre Simacota y Zapatoca. Desde este último lugar había intentado Céspedes en 1837, en compañía de José María Ortiz, llegar al Opón, pero sin ningún resultado; así pues no se pensó repetir tal esfuerzo. Entonces se fijó la desembocadura del río Chicamocha en el Suárez como uno de los más importantes puntos de toda la topografía de esas regiones, y se hizo la mensura de la hoya del río de Charalá a San Gil. Fuera de su grande importancia para la comprensión de los cauces de los ríos y los sistemas de montañas, estas regiones ofrecían poco interés; luégo el camino desde el Socorro los condujo hacia la Provincia de Soto, y a su mejor parte, ciertamente, donde las principales poblaciones, Piedecuesta, Girón y Bucaramanga, estaban progresando notablemente en comercio y tráfico, y prometían un buen adelanto duradero. «La limpieza de las calles y casas de Bucaramanga merece alta alabanza; su aspecto no es el resultado de activa vigilancia de policía, sino la consecuencia de un tinte de sentimiento europeo de parte de la población, cuyo carácter sencillo es muy competente, lleno de energía y determinación; allí moran los caballeros del trabajo. Con razón dice el anciano sacerdote Felipe Salgar que "donde la industria impera, huyen el pecado y el crimen." Los salarios no son miserables, por cuya razón el vestido y apariencia del pueblo son mucho mejores; se ha desarrollado una industria casera para las mujeres con el tejido de sombreros de palma; también se están libertando los esclavos y estableciendo las escuelas. Esto mismo sucede en Piedecuesta, no así en Girón, lugar minero cuyos habitantes, aun hoy, y a pesar del aumento de prosperidad, permanecen en la antigua condición española; acertadamente se llamó anteriormente Girón del Río del Oro.»

En Bucaramanga resolvió la Comisión extender este primer viaje hasta las tres Provincias que demoran contiguas: Ocaña, Santander y Pamplona, las que pertenecen, en su mayor parte, a la hoya fluvial del lago de Maracaibo; un suelo especialmente atractivo para Codazzi desde sus primeras labores. Después de seguir el valle del Soatá hasta el pie de las colinas del desolado páramo de Cachirí, subieron esta árida, elevada y pendiente meseta a costa de fatigosa marcha a caballo, escogiendo entre las tres salidas que de allí se ofrecen el camino de Escatalá; ya no fijaban las marchas de antemano, porque la hoya hidrográfica del mismo nombre parecía ser decisiva en muchas cuestiones topográficas. «Tuvimos que bajar y trepar los altos muros donde los pendientes precipicios, así como las mismas cimas, estaban cubiertas por majestuosos robles. La floresta en esta montaña es rala abajo y espesa en la parte alta; el eco

repetía nuestras voces; el estrépito de los torrentes y arroyos al precipitarse por las montañas, los chillidos de innumerables pájaros y otros animales asustados, aumentaban la resonancia. Nuestra marcha era tan lenta, que al ponerse el sol solamente habíamos recorrido tres leguas; hallamos una solitaria cabaña; pero en muchas leguas a la redonda no era posible hallar tierra pastada. En Yarumal conseguimos alimento para nuestras cabalgaduras y las bestias de carga, pero no encontramos refugio para nosotros mismos: con troncos y hojas de palma formamos un cobertizo para nuestros instrumentos y libros, y construimos barbacoas formadas por tres varas, sobre las cuales extendimos nuestros encauchados, mientras en el suelo nos sirvieron de cama los aperos. De este modo conseguimos escasa protección contra los elementos. Bien pronto se desencadenó violenta tempestad sobre el oscuro valle del Magdalena; muy abajo de nosotros vimos los relámpagos y oímos el retumbar del trueno. Las nubes se levantaban cada vez más altas, envolviéndonos en densas masas, y globos de neblina ocultaron el cielo. Vientos tempestuosos azotaron las copas de los gigantescos árboles; después, profundo silencio. La calma de la noche es tan majestuosa en las cumbres de nuestras montañas, que el hombre, en reverencia por el descanso de la naturaleza, por el reposo de la vida, no se atreve a hacer ruido. La siguiente marcha fue ayudada por el canoso cura de Lacarrera, Ignacio Gutiérrez, con su conocimiento de la región y sus muchos años de experiencia, ayuda tanto más importante cuanto que debían cruzar los altos nudos de los cuales se desprenden los ramales de montañas de la Provincia de Ocaña, la más nueva de las treinta y seis. El páramo de Guerrero le pareció a Codazzi un inmenso paraje montañoso que mucho después de su levantamiento del mar había sido lavado y horadado por las mismas corrientes que ahora, muy abajo de sus arrugadas cumbres, desaguaron en el lago de Maracaibo o en el río Magdalena. En ninguna otra parte habían visto sus ojos semejante devastación de la costra terrestre; parecía ser la obra de repetidos y potentes terremotos: en remotas épocas ciertamente se habían desmoronado, se habían consumido profundamente imponentes arcos de montañas; allí se evidenciaba una época de grandes revoluciones en la superficie terrestre, que parecían coincidir con el tiempo del drenaje de los lagos de las montañas. En la pequeña población de La Cruz vio Codazzi una de las fuentes del Catatumbo, cuyas aguas tan poderosamente crecidas mucho más abajo, en el río, había navegado él hacía más de veinte años. Ocaña, adonde llegaron el 3 de abril, no ofrecía más que los patrióticos recuerdos de los últimos días de la Colombia

de Bolívar. Dos tentativas para penetrar de allí hasta las fronteras de Venezuela fueron infructuosas, por ser realmente impenetrable aquella salvaje región de los indios motilones. En la parte accesible se hallaron tumbas aisladas de poca utilidad científica: algunas con las momias sentadas, pero sin ropas ni utensilios domésticos. El viaje se continuó por el lado opuesto, hacia el río Magdalena, cuyas anchas hoyas llanas se hallaban interrumpidas casi exclusivamente por bosques de altas palmas y por grandes corrientes, formando extensos pastales con los cuales presentaban gran contraste las yermas alturas. Nada se hizo en el río; a lo largo de su margen derecha se extendió la mensura desde Puerto Nacional hasta Tamalameque, de donde se ordenó el regreso, por carecer absolutamente de medios para un viaje por agua. Codazzi resolvió entonces hacer una excursión de tres semanas, para atravesar las montañas diagonalmente, con el objeto de continuar sistemáticamente sus planos del país en las inmediaciones de Salazar de las Palmas. En esta extremadamente fatigosa jornada, que durante siete días los condujo por una fría región montañosa, desprovista de vegetación, por pasos o alturas vertiginosas o por abras sobre abismos de agua hasta de diez metros de profundidad, una vanguardia tenía que adelantarse con palas, hachas y machetes. Un inteligente colector de plantas, Luis Schlim, de Bruselas, quien tenía considerables negocios con jardineros europeos, hizo el ascenso con la Comisión. En los conocimientos técnicos y prácticos de este hombre educado se veía el gran cambio de los tiempos, desde la época de las escasas relaciones entre Mutis y Linneo; tiempo hacía que se había iniciado en Europa el cultivo de plantas tropicales de adorno, especialmente de las designadas por los jardineros como suculentas; lo mismo había sucedido en el conocimiento científico de los tesoros vegetales de Sur América, tan desconocidos poco tiempo antes. Fue Triana quien supo sacar el mayor provecho de este encuentro, pues aumentó sus escasos conocimientos botánicos; en esta exploración se interesó Ancízar muy especialmente en unas reliquias de guacas que demostraban que en oscuros desfiladeros y al lado de toscas vasijas de barro, habían sido sepultados, en remotos tiempos, hombres cuyas frentes habían sido aplastadas en vida artificialmente: apariencia hasta entonces desconocida en aquellas regiones, y observada generalmente en la raza caribe. En las profundidades de tal desierto supo Codazzi de boca de Schlim que un artista alemán, para llevar a Humboldt pinturas de panoramas tropicales, había visitado el valle del Magdalena y otras extensas regiones del interior de Nueva Granada. Este hombre fue Albert Berg de Schiwerin, quien permaneció en el país desde octubre de 1848, hacien-

do numerosos dibujos llenos de carácter; Codazzi consiguió uno de estos vivos esbózos, y vio inmediatamente, aunque sólo era un croquis, que no había para qué pensar en la publicación de los estudios de Fernández, puesto que aquellas producciones artísticas de primer orden estaban publicándose.

El 23 de mayo llegaron a Salazar, donde el cultivo del café, introducido poco tiempo antes, obtenía los mejores resultados; industria excepcionalmente importante, que el escocés Santiago Frahsler, antiguo Oficial de la Legión Británica, había impulsado activamente. Pronto tomaron algún descanso en San José de Cúcuta, el naciente próspero centro del mercado del café, donde residía una interesante colonia extranjera, especialmente de alemanes e italianos; éstos, casi todos pequeños comerciantes, miraban a su compatriota Codazzi con admiración.

«Nuestra permanencia en Cúcuta, aunque no fue corta, nos pareció un minuto; por todas partes pronto y activo sostén para nuestra obra; bondades ingeniosas y espontáneamente ofrecidas; amigable e inteligente acogida; todo semejaba relaciones de antigua amistad. Descollaba a la cabeza de los más eminentes el anciano Gobernador Isidro Villamizar, hombre meritísimo. Desde nuestra llegada a Salazar sólo hemos hallado en todo el mundo atenciones y ayuda: no puedo mencionar nombres porque tendría que hacer una lista de todos los inteligentes. Por todas partes halla el forastero amistad y el trabajador empleo bien remunerado. La vida comercial y las relaciones de distintas nacionalidades y razas, han desarrollado la cultura desde la casa del rico hasta la cabaña del pobre.»

(Continuará)